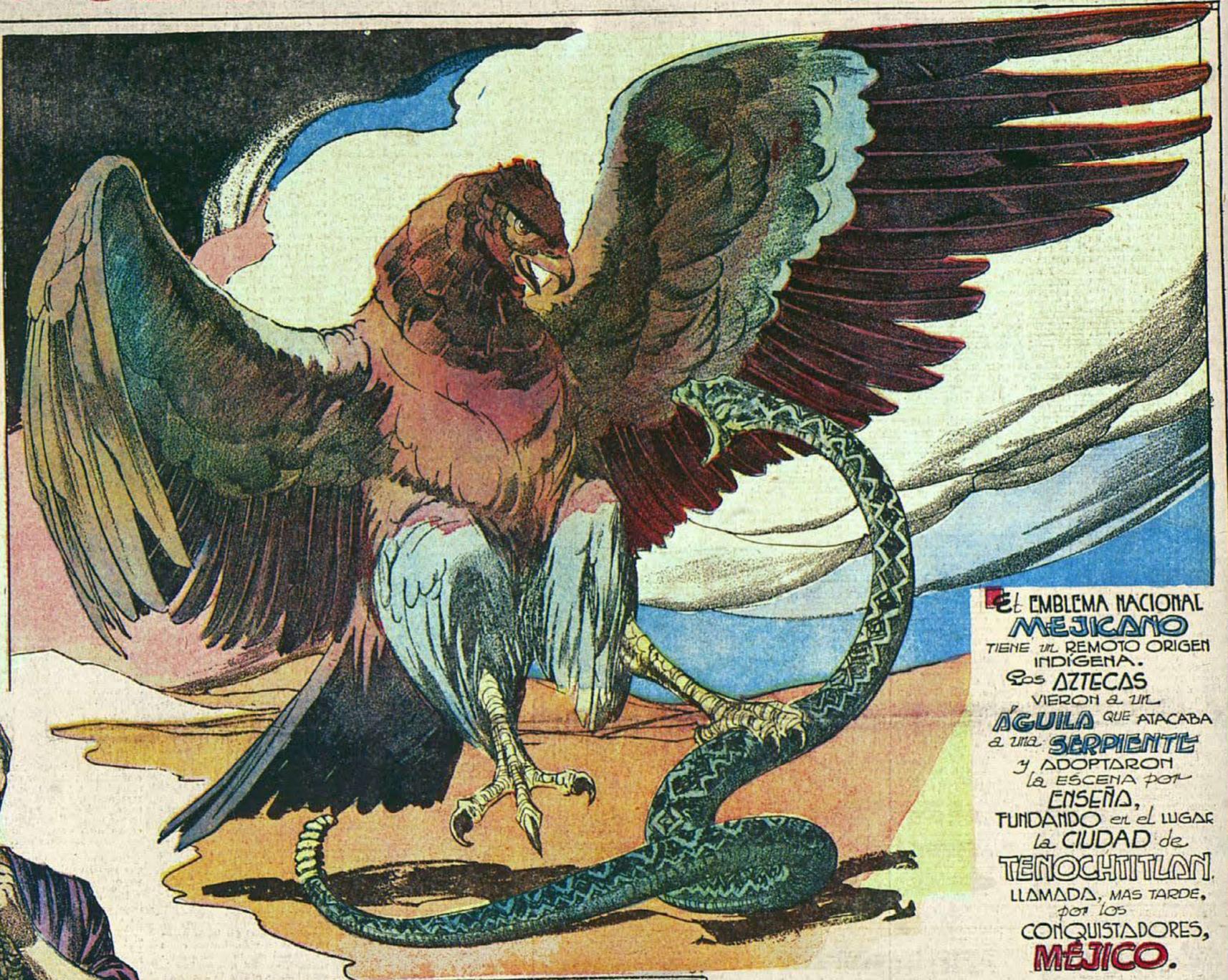


VISTO Y OIDO ★ Le pagaron una cantidad fabulosa ★ por PREMIANI



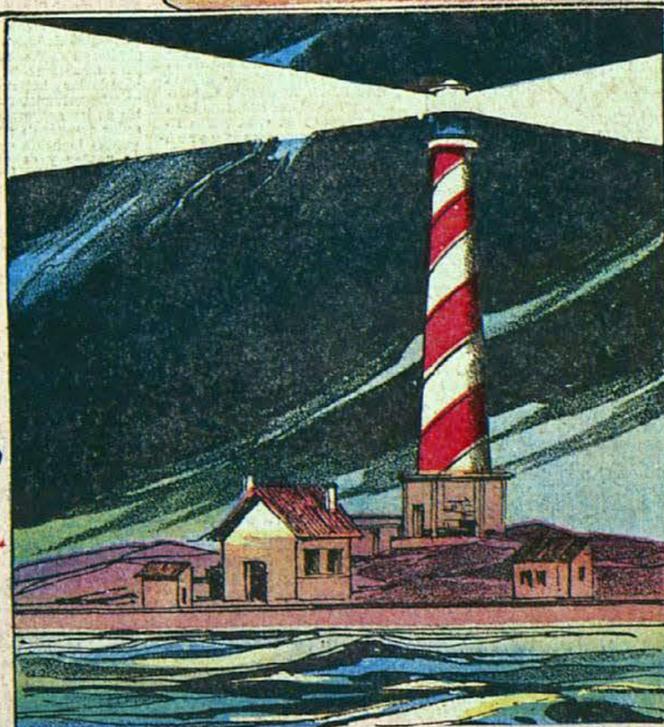
La PLANTA de MAYOR RENDIMIENTO y MAYOR PROVECHO es la de **CACAO**



EL EMBLEMA NACIONAL MEXICANO TIENE UN REMOTO ORIGEN INDIGENA. Los AZTECAS VIERON a UN AGUILA QUE ATACABA a UNA SERPIENTE y ADOPTARON la ESCENA por ENSEÑA, FUNDANDO en el LUGAR la CIUDAD de TENOCHTITLAN. LLAMADA, MAS TARDE, por los CONQUISTADORES, **MEXICO.**



Los GRANDES SUELDOS TEATRALES SON ANTIGUOS. El EMPERADOR VESPASIANO PAGO 20.000 PESOS ORO al ACTOR APOLINAR por su ACTUACION en la REAPERTURA del TEATRO MARCELO.



EN TODA la TIERRA EXISTEN 4.000 FAROS.



Los PRINCIPALES CISMAS de la IGLESIA CATOLICA DERIVAN de la CUESTION de la PUREZA de **MARIA**, QUE RECIEN FUE DECLARADA VIRGEN en la EDAD MEDIA y CONVERTIDA en DOGMA su CONCEPCION INMACULADA en el SIGLO ULTIMO.

El Cadáver Viviente

L a ganza bien engrasada no dejó oír ningún ruido metálico y en la sombra, la figura alargada del intruso avanzó de manera lenta e irresistible. Sebastián Muller permanecía impasible, sin que por ello su atención disminuyera. Cada objeto de la habitación debía ser considerado como una especie de enemigo: un enemigo del cual había que desconfiar y trunfar sobre él a fuerza de astucia. Después de hacerse estas reflexiones, Sebastián sonrió con satisfacción y continuó avanzando a tientas. El camino parecía libre de obstáculos. Desde el lecho se sentía el roncar ligero, igual y triunfante de Cecil Light. Este rumor rítmico llenó de confianza a Sebastián. Era el mismo rumor que le había guiado, que le había servido de hilo conductor y que lo había tranquilizado.

No estaba, ahora, muy lejos del tesoro del hombre dormido. Unos pasos más y las alhajas serían suyas. Los dedos exploraron el mármol frío del armario. Nada. Decididamente, el joyero debía haber tomado sus precauciones y habría guardado las piedras preciosas debajo de la almohada. Con toda tranquilidad, Sebastián sacó de un bolsillo la máscara que había comprado en el cloroformo y deslizó la otra mano debajo de la almohada... Cecil Light roncó un poco más fuerte y, en el momento preciso en que los dedos del ladrón palpaban el saco de las joyas, el hombre adormecido cambió de posición, dando la espalda a su enemigo.

Sebastián puso el botón en su bolsillo y se enderezó. La respiración del hombre parecía haberse cambiado; ahora era más irregular, más oprimida. ¿Estaba por despertarse? ¿Fingía dormir solamente? Sebastián se sintió invadido por la duda, y decidió, por cualquier eventualidad, colocar la máscara sobre la cara de Cecil Light. Pero para ello sería necesario luchar. Decidió aguardar un poco, antes de entrar en acción, mientras sus ojos escrutaban la oscuridad impenetrable y trataba de adivinar los movimientos del hombre que dormía o que fingía simplemente dormir... Sebastián se acercó así, con cuidado de los minutos, encorvado sobre el joyero, anhelante, espasmo de sus movimientos. La misteriosa calma del hombre, una calma que no podía ser normal, lo atemorizaba. Por fin, en un momento dado, le pareció notar un pequeño movimiento a lo largo de la sábana.

Este estado de tensión nerviosa se volvía insostenible. Sebastián creyó haberse engañado y resolvió dejar la estancia con su botón. Pero, al llegar a la puerta se volvió para observar al dormido: que, mientras tanto, había dejado de roncar.

En la oscuridad, Sebastián Muller vio ahora, nítidamente, una sombra que agitaba en el lecho, como si buscara, arriesosamente, algo. Esa sombra era la mano del joyero. No cabía duda: buscaba el timbre de alarma. Cecil Light no dormía y estuvo espionando todos los movimientos del ladrón...

Rápidamente, Sebastián se precipitó sobre el comerciante antes que la mano pudiera alcanzar la campanilla. En el apuro del gesto, la máscara cayó de sus manos y fue a rodar a un rincón de la habitación. Imposible escapar; imposible hacer otra cosa que apretar con la mano, fuerte, muy fuerte, el cuello de su enemigo, para impedir para siempre que la mano de Cecil Light llegara a la campanilla.

En efecto, Sebastián se echó sobre el lecho con todo su peso para oprimir más aún a su enemigo, blandiendo todos sus músculos. Luego, nada. Reposo. Pasaron dos o tres minutos. Sebastián se sentía más calmo y menos nervioso que cuando entró en la habitación e ignoraba que pocos minutos después tendría que cometer un crimen; pero, dado que ese crimen se había impuesto como una necesidad, todo andaba bien. Evidentemente, el asunto no pudo solucionarse de otra manera.

El ladrón se acercó al cuerpo de Cecil Light para ver si respiraba aún. No; el joyero permanecía inmóvil. Entonces el bandido cubrió el cuerpo de su víctima con la sábana y lo colocó en posición normal. Luego, dirigiéndose hacia el conmutador, encendió la luz. Fue hacia el espejo y revisó atentamente sus ropas. Nada de sospechoso. Sólo algunas plimitas de la almohada se habían adherido a la linia del traje, incluyéndose blandamente con la ayuda de un cepillo que encontró cerca del lecho.

Satisfecho, se volvió a mirar. Luego dirigió una postre mirada hacia el lecho donde yacía su víctima. Debajo de la sábana las formas del hombre asesinado se dibujaban de extraña manera. Parecía que el cadáver se estuviera moviendo. Sonrióse de las alucinaciones de su mente al tiempo que, con paso ligero, se dirigía hacia la puerta. Antes de apagar la luz volvió a mirar al muerto: nada, sólo un dedo del pie que emergía de bajo de la sábana, un dedo blanco y doblado de singular manera.

Afuera, en el corredor, todo estaba tranquilo. Sebastián se encaminó ágilmente hacia la salida del hotel. Era ese el instante del supremo peligro. No peligro inmediato, pero sí futuro. Cualquiera persona podía fijarse en él, y, luego, durante la in-

vestigación, dar su filiación. En fin, todavía quedaba la terrible amenaza del portero. Podía darse que estuviera durmiendo, pero no esperaba tamaña suerte. Sebastián alcanzaba ya la zona peligrosa que había de decidir su destino. A nadie había encontrado hasta ahora. El portero se encontraba sentado a la derecha, con la cabeza entre las manos y dando la espalda a la puerta giratoria. Tranquilamente, Sebastián hizo girar la puerta, colocándose de manera de hacer imposible que el portero viese su rostro. Ya se encontraba en la calle. En ese preciso instante tropezó con un señor de edad, vestido de smoking. Con mucha presencia de espíritu, Sebastián burló una excusa en inglés. El señor respondió con una sonrisa cortés. Luego, Sebastián se hundió en la noche y se consideró en perfecta seguridad.

Su plan de acción estaba ya trazado hasta en sus mínimos detalles. El tren para París partía a las siete y veinte. La oficina postal de la estación se abría a las siete. Era necesario ir allí para despachar por correo las joyas a su dirección particular de París. Las había colocado en el interior de un libro, del que el extraño previamente le había prestado una copia. Y así, viajaba sin las piedras comprometedoras. Tomaría el tren tranquilamente y sin ningún peligro.

Echó una ojeada al reloj: marcaba las tres. Caminó sin rumbo por las calles, con pasos lentos e iguales. Al rato, casi sin darse cuenta, se encontró en la estación. Un objeto tintineó en su bolsillo. Metió la mano en él con curiosidad; era la llave de la habitación de Cecil Light.

Sebastián patideció, luego volvió sobre sus pasos y se dirigió al río. Mientras tanto el crimen era observado. Un agente policial efectuaba cándidamente su ronda. Sebastián continuó su camino y entró por una calleja oscura. Nadie... Entonces, como poseído de súbita inspiración, colocó la llave, con muchas precauciones, en el umbral de la puerta de una casa cualquiera. Luego se alejó sin apresuramiento, para no despertar sospechas. Entró en un café abarrotado y vacío. Un raro ruido de soplete flotaba en aquel ambiente. Prefirió quedarse; no quería caminar por las calles como si fuera un vagabundo, y además se sentía muy cansado.

Le fué servida una copa de coñac casi imbebible. Pero, en compensación, nadie podía sospechar de él; la calle, en cambio, era peligrosa. Alrededor de las cinco estuvo en su habitación, arregló la encomienda postal y escribió sobre ella, con pulso firme, su dirección. Todo estaba listo. Sólo dos largas horas de espera.

Una pregunta obsesante danzaba ante él: ¿por qué motivo había llegado hasta al crimen? El no había tenido la intención de asesinar al comerciante. Conocía de vista a Cecil Light, por haberlo observado algunas veces en su negocio de Londres. Era un hombre pequeño, de rojos carrillos abultados que hablaban de la vida feliz y satisfecha de su dueño. Sebastián nunca le tuvo antipatía y ahora no se explicaba por qué lo había muerto.

Una duda atravesó en ese momento el pensamiento de Sebastián. Quizá él se había engañado y el comerciante no intentó alcanzar la mano hacia la campanilla. La oscuridad de la estancia y la ansiedad propia de la situación podían, perfectamente, haberle inspirado una falsa visión. ¡Ah, poder saber si el joyero había intentado realmente tocar el timbre! Y la verdad no podría decirle nadie más que el mismo joyero... y el joyero había muerto.

Abandonó el café y se dirigió hacia la estación; sacó su billete de primera clase para París y después se dirigió al Correo. Las siete menos cinco. Todo andaba bien. Sebastián estaba satisfecho. Desgraciadamente, el empleado trabajaba con mucha lentitud, haciendo y rehaciendo sus cuentas antes de empezar su trabajo. Faltaban ya sólo diez minutos para la partida del tren. El libro que contenía las joyas le quemaba las manos. Esbozó una protesta y tras ella el empleado recibió el libro. Al entregárselo se sintió como aliviado de un gran peso. Ya todo estaba listo; recogió el recibo y se dirigió corriendo al andén. Al llegar, Sebastián saltó al último vagón del convoy, segundos después el tren desarrolló una toda su velocidad. La rapidez de la marcha embriagó de felicidad a Sebastián. Brusca- mente todo se volvió claro y luminoso. El mundo se desvanecía ante él, bajo la caricia de los rayos solares. Una gran alegría llenó el corazón de Sebastián y, poseído de místico fervor, el asesino agradeció a Dios.

Se acomodó lentamente en su asiento y se puso a observar a sus compañeros de viaje. Antes que nada a esa señora elegante, de ojos alegres y sentada muy naturalmente en su lugar. Se apreciaba, a primera vista, que era mujer de mundo y acostumbrada a viajar. Después observó al señor. Sebastián abrió emborramentado sus pupilas, cambió súbitamente de color y lanzó un grito, a medias sofocado.

El señor era Cecil Light. Cuando recuperó los sentidos, el asesino sintió una presión húmeda sobre su frente. Abrió lentamente los párpados, sin todavía poder coordinar sus ideas, y vio a su víctima que le estaba aplicando una compresa. Volvió a cerrar los ojos.

Sus sentidos giraban aloca- mente alrededor de los sucesos y se esforzaba en explicarse qué era lo que había sucedido la noche anterior. La escena del hotel no era fruto de su imaginación. La escena con el empleado postal tampoco era fruto de su imaginación. Sebastián hizo un gesto desesperado, como para ahuyentar a esos fantasmas perturbadores de su espíritu y, al hacerlo, sintió crujiir dentro de su bolsillo un papel: el papel de despacho de la encomienda postal. Luego, su aventura era real. Cecil Light había sido estrangulado, pero no había muerto todavía. Sebastián sintió un vivo deseo de hacerse explicar por Cecil Light esa situación inexplicable. Pero no, era necesario dominar sus nervios de cualquier manera. Voluntad. Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de Sebastián y luego, bruscamente, abrió los ojos, habiendo observado algunas excusas. El camarero lo observaba atentamente junto con un médico que había acudido prontamente. Sebastián no osaba mirar cara a cara a Cecil Light. Habló de un sincope pasajero, causado por el apuro en que había tenido que tomar el tren. Ahora se encontraba mejor. Agradeció y rogaba que lo excusaran por el pequeño que le excusaron por su culpa se había ocasionado. Todos sonrieron amablemente y cada cual retornó a su respectivo lugar.

Sebastián volvió a tomar el diario y supo entonces que había sido asesinado un viejo, de nombre Enrique Greimil, y que el asesino había sido ya arrestado. Era un camarero del hotel, llamado Franz Loncke. A pesar de sus negativas, Franz Loncke se veía abrumado por gran número de pruebas.

El conde no comprendía nada de la novela que la bella dama estaba leyendo. En ese momento, la simpática voz del joyero le ofrecía una copia de coñac. Se armó de coraje, alzó su vista e intentó hablar. El asesinado tenía un rostro sano y rebosante de salud. Con muchas precauciones ofreció a Sebastián la copia de coñac, al propio tiempo que intentaba entrar en conversación. El impre- visto desmayo de éste sirvió de tema inicial. La expansividad del comerciante puso en fuga las últimas dudas de Sebastián Muller. Cecil Light no sospechaba nada, no sabía nada. No era, ciertamente, por Cecil Light que Sebastián podría lograr la solución de aquel enigma. Los dos hombres hablaron de muchas cosas. Pero cuando Cecil Light examinaba la conversación hacia el tema de las alhajas, Sebastián declaraba su ignorancia al respecto. En el coche restaurant los dos hombres se presentaron recíprocamente: Sebastián Muller dijo llamarse Conde de Latour.

El conde, mientras continuaba hablando, sufría las angustias de la duda. Involuntariamente miró el cuello del joyero para ver si aún le quedaban rastros de violencia. Después recordó que la salida del hotel era ese el instante del supremo peligro. No peligro inmediato, pero sí futuro. Cualquiera persona podía fijarse en él, y, luego, durante la in-

Porque bien puede sobrevenir, al último momento, el mil y uno de los que se llama Franz Loncke. Para colmo de desventuras, el comerciante lo invitó a jugar una partida de naipes. El asesino no podía rehusar. Debía a Cecil Light algunos millones, una copia de coñac y una compresa fría. Naturalmente, fué el joyero quien ganó. Sebastián no podía concentrarse y, además, debía perder en reconocimiento a todos los favores de su víctima. El tren entraba en una gran estación. Los "camillitas" vocaban los diarios.

Ambos compraron, cada uno, un periódico. Sebastián para no demostrar su ansiedad, comenzó a hojear lentamente el periódico. Cecil Light, en cambio, se había enfocado inmediatamente en la lectura. A los pocos segundos el joyero lanzó un grito, agitó las manos en el aire y cayó desvanecido.

Sebastián, no obstante sus vivos deseos de leer el diario, interrumpió la lectura. Era necesario aplicar una compresa fría sobre la frente del hombre desvanecido y ofrecerle luego una copia de coñac.

Sebastián volvió a tomar el diario y supo entonces que había sido asesinado un viejo, de nombre Enrique Greimil, y que el asesino había sido ya arrestado. Era un camarero del hotel, llamado Franz Loncke. A pesar de sus negativas, Franz Loncke se veía abrumado por gran número de pruebas.

El conde no comprendía nada de la novela que la bella dama estaba leyendo. En ese momento, la simpática voz del joyero le ofrecía una copia de coñac. Se armó de coraje, alzó su vista e intentó hablar. El asesinado tenía un rostro sano y rebosante de salud. Con muchas precauciones ofreció a Sebastián la copia de coñac, al propio tiempo que intentaba entrar en conversación. El impre- visto desmayo de éste sirvió de tema inicial. La expansividad del comerciante puso en fuga las últimas dudas de Sebastián Muller. Cecil Light no sospechaba nada, no sabía nada. No era, ciertamente, por Cecil Light que Sebastián podría lograr la solución de aquel enigma. Los dos hombres hablaron de muchas cosas. Pero cuando Cecil Light examinaba la conversación hacia el tema de las alhajas, Sebastián declaraba su ignorancia al respecto. En el coche restaurant los dos hombres se presentaron recíprocamente: Sebastián Muller dijo llamarse Conde de Latour.

El conde, mientras continuaba hablando, sufría las angustias de la duda. Involuntariamente miró el cuello del joyero para ver si aún le quedaban rastros de violencia. Después recordó que la salida del hotel era ese el instante del supremo peligro. No peligro inmediato, pero sí futuro. Cualquiera persona podía fijarse en él, y, luego, durante la in-

graciadamente, fué considerada como una nueva prueba de la culpabilidad de Franz Loncke. Es evidente, decían los periódicos, el autor de la carta es el cómplice de Franz Loncke, quien se encuentra en Londres con el botón e intenta poner en libertad a su colega. Se explicaba ahora, por que motivo no se le encontraron a Loncke los objetos robados.

El conde Latour se sintió invadido, súbitamente, de una extraña cólera. Voluntariamente mandó los datos al estúpido del juez, más aún, se había tomado el trabajo de ir a Londres para despachar la carta. La cosa no hizo más que aumentar los deseos de Sebastián de demostrar la inocencia de Franz Loncke, deseaba ardentemente llegar a demostrarla. Insistir con cartas hubiera sido inútil. Era mejor dirigirse a la opinión pública. De cualquier manera Sebastián no podía llegar muy adelante. Por prudencia, durante toda su vida, había procurado mantenerse en la sombra.

Esa misma tarde Sebastián se hizo presentar a un club frecuentado por literatos y periodistas. Después de un rato de observación se puso a hablar en voz alta, de temas interesantes y procurando dar la impresión de ser un hombre de gran mundo. El conde logró encaminar la conversación al tema de los errores judiciales y contó algunos casos extraños y espantosos.

Después, con mucha habilidad, comenzó a hablar del reciente error de la policía alemana, contando el asunto Loncke, con todas las debilidades que encerraba la acusación.

Después de charlar se pusieron a jugar al baccarat y el conde de Latour perdió, con mucha elegancia por cierto, cincuenta mil francos.

A la mañana siguiente, Sebastián recibió la penosa sorpresa de ver mezclado su nombre en un artículo sobre el crimen que, en esos momentos, apasionaba a Berlín. El conde de Latour era presentado de una manera muy amable, pero que gustó poco a Sebastián. De cualquier manera, había logrado en parte lo que deseaba. Los periódicos alemanes discutían abiertamente y una polémica comenzó. Todos convenían en que Franz Loncke había actuado en el crimen sin cómplices. Pero no se podía negar un hecho: un individuo sospechoso, que hablaba inglés, había abandonado el hotel a las tres de la mañana.

El testigo que esta declaración había formulado era el mismo con quien Sebastián tropezó la noche del crimen. Por otra parte la carta recibida por el juez, que declaraba la inocencia de Loncke, fué despachada de Londres.

Mientras tanto Loncke se confesaba inocente y las joyas habían desaparecido completamente. La lucha entre ambos bandos se volvía más violenta a medida que se acercaba el día de la audiencia final.

Existía en París una organización de gran influencia mundial llamada "La Liga de la Justicia", dirigida por destacados letrados y políticos. Logró una entrevista con uno de los directores, quien convocó luego a una reunión general en donde Sebastián habló de la "humanidad ultrajada". El movimiento que había iniciado era verdaderamente peligroso. Mas el peligro consistía, en el fondo, la única razón de su vida. Luego, como un general que prepara sus divisiones, empezó a organizar la gran batalla contra la Justicia.

El proceso comenzó. Franz Loncke se defendía muy mal. Se perdía en explicaciones pueriles para demostrar que él no había pasado las horas del crimen y negaba rotundamente ser culpable de los hechos. El fiscal acusador después de acorralarlo a preguntas lo había dejado incapaz de pensar y de coordinar una sola idea. Franz Loncke casi no hablaba; tartamudeaba.

El jurado, después de una breve reunión, declaró al reo culpable y lo condenó a muerte. Cuando el conde Latour leyó la noticia, miró un instante tristemente a toda la riqueza que lo rodeaba y se despidió de ella. Luego partió para Berlín como impulsado por una voluntad superior. En Berlín, sus calles, cada uno de sus cafés, su mismo ambiente, lo acusaban, eran todos pruebas fieles y palpables de su crimen. Pero debía mantenerse en calma. Lo que en realidad debía hacer era dirigirse al abogado defensor de Loncke. Después de la entrevista con el juez instructor de la causa, para ver si de esa manera lograba salvar al inocente.

Al día siguiente, cómodamente arrellanado en un sillón de un gran hotel central, escribió la carta explicatoria a máquina. Carta breve y enérgica. Los hechos tal cual habían sucedido. Después partió para Londres para despacharla... De esa manera no dejaba ningún rastro. Luego, retornó a París y se puso a esperar, tranquilamente, la llegada de los diarios alemanes anunciando la libertad de Franz Loncke.

Sebastián se engañaba. Los diarios publicaron la extraña carta recibida en el despacho del juez instructor, pero, des-



sobre el terreno político obtendría una conmutación de la pena, con eso se daba por satisfecho el conde Latour. El embajador le procuró una audiencia.

El Canciller se mostró muy amable, tanto más cuando estaba firmemente decidido a no hacer ninguna concesión a Loncke. Pero Sebastián era un adversario tenaz que poseía una respuesta para cada palabra y un gesto para cada insinuación cortés del político. El Canciller le habló largamente de la amistad con Francia y del genio de la raza francesa. Pero, al cabo, Sebastián lo interrumpió bruscamente:

—He venido desde París para evitar un error judicial que costaría la vida de un hombre. ¡Loncke es inocente!

El Canciller sonrió, un poco contrariado por haber sido interrumpido mientras hablaba y respondió que quizá el Conde se dejaba llevar muy rápidamente por su idealismo, por su excesivo afán de justicia y por muchas otras cosas más.

Comprendió en ese instante que ya no existía ningún medio de salvar a Loncke.

Uno de los dos debía morir: Sebastián o Loncke. Y mientras en el salón las parejas danzaban al son de melodiosa música, el corazón de Sebastián sufría. Lo incitaba a Sebastián a confesarlo todo. En conde de Latour sintió odio por su corazón y por aquel diplomático que le asesinaba al tiempo que le estrechaba cordialmente la mano.

Sebastián, después de pasar de un argumento a otro, terminó por encontrarse en plena noche, delante de una sombra gigantesca que aparentaba salir de la tierra: el cadalso donde debía ser ajusticiado Franz Loncke.

Ahora se encontraba en la prisión rodeado de periodistas y funcionarios. La ejecución tendría lugar dentro de media hora. Al encontrarse delante de su único y gran enemigo, un enorme terror se apoderó de él. Sebastián Muller era el único y gran enemigo del Conde de Latour. Durante los últimos días había preparado la valija, se había dirigido hacia la estación, decidido a retornar a París, buscando a esa bella libertad sin preocupaciones, esa libertad por la cual había pagado tan alto precio. Pero en cambio en la estación todo su coraje se desvanecía y, lentamente, regresaba al hotel. De esta manera empezó a germinar en él un terrible odio hacia Loncke, por ese desconocido que se había mezclado de tal manera en su vida. ¡Por qué Loncke le había robado su crimen! ¿Por qué ese desgraciado era tan desafortunado? ¿Por qué merecía la muerte? ¡Sí! Eran esas mismas razones las que hacían lógica la muerte del condenado.

Aquel cadalso impulsaba al conde de Latour a cometer un segundo crimen, un crimen inútil y estúpido. Cerca de Sebastián el abogado general, mirando su reloj, preguntó al conde la hora exacta. Luego, el abogado, moviéndose nerviosamente la cabeza, murmuró, con voz irridada:

—Todavía diez minutos... Si, murmuró Sebastián, todavía diez minutos... Después todo estaría liquidado de manera definitiva. Se acerca el fin

de Loncke y... de todo. Lo más íntimo de su ser se rebelaba contra la enormidad de ese error judicial, se rehusaba a aceptarlo. Interiormente sentía una especie de furia contra el desconocido que, por un favoritismo del destino, debía morir en su lugar. De pronto todos los razonamientos de Sebastián desaparecieron. El conde de Latour se imponía. Absurdos todos sus razonamientos, y absurdo ese deseo de sacrificarse inútilmente. Ahora, lo razonable era desaparecer para siempre en las luces de ese trágico día. ¿Por qué quedarse detenido en el pie de ese cadalso? Allí, a lo lejos, la vida lo esperaba. Pero sus pies no recibían la orden de moverse. Parecía incrustado en el suelo, como paralizado. El destino lo tenía allí sujeto. La cólera que lo dominara había desaparecido. Humilde, inmóvil, indiferente, Sebastián sentíase dispuesto a que se cumpliera su destino. Ahora, una puerta se abría, un pequeño rayo de luz se filtró. Una forma humana, indistinta, rodeada por la neblina matutina. Luego se distinguieron los uniformes de los guardias que avanzaban lentamente. Sebastián sintió que una lágrima corría por sus mejillas.

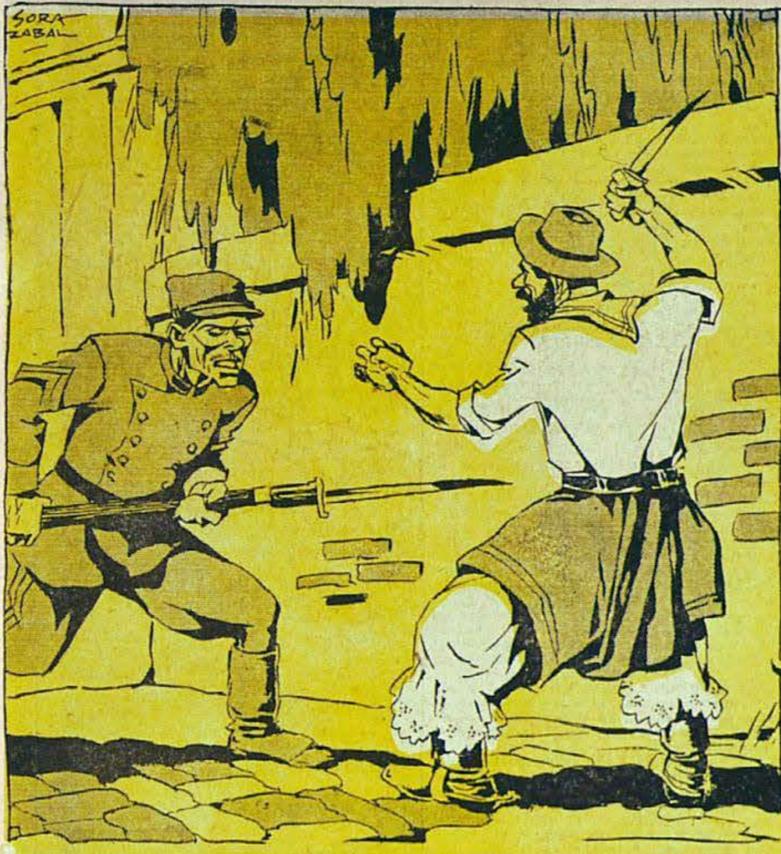
Comenzó a pensar convulsa y vertiginosamente, procurando recobrar sus perdidos pensamientos. Tres minutos más y todo habría terminado. Tres minutos durante los cuales bastaba morderse el labio inferior, hasta sangrarse, para callar. En aquel preciso momento, el hombre que se encontraba sobre la plataforma del cadalso comenzó a gritar desforadamente. Sus gritos, raros gritos de hombre que se encuentra a los bordes de la muerte, eran alaridos de pavor y de terror. Se habría dicho que era un perro que estaba aullando. Era una especie de vociferación furibunda y desencadenada, un grito que parecía provenir desde los orígenes de la humanidad, así era de largo y sostenido. Los corazones se helaron. Sebastián sintió en el clamor de aquel último alarido toda la sonoridad de la vida. Los gritos de Loncke venían de ultratumba, estaban ya fuera de la humanidad.

De pronto, en medio del terror que lo petrificaba, la voz de Sebastián Muller aulló, al igual que el condenado, con toda su fuerza: —¡Es inocente! ¡Yo soy el asesino!... El grito de Sebastián fué como el canto de una golondrina en medio de una tempestad; nadie lo oyó. El grito de Sebastián se mezcló a los aullidos desesperados del infeliz que moría. Nadie creyó aquel grito. El danzar de un cuerpo en el espacio. Después silencio. Inmenso y terrible... Sebastián sintió una enorme sensación de alivio y de reposo. Como si hubiera salido de los peligros de una terrible enfermedad. Se había sacrificado y el destino rechazó su sacrificio. Por segunda vez Loncke lo había salvado. Tal, era por fuerza, la misión humana de Loncke: salvar a Sebastián. El fantasma se alejó definitivamente de Sebastián. El conde de Latour volvió a convertirse en aquel ser lleno de misteriosa calma y de nervios seguros e invencibles. El pasado estaba sepultado para siempre. Allí, en el mismo sitio en donde reposara el cadáver de Loncke.



Ilustración de SORAZABAI

La Verdad Sobre la Muerte de Juan Moreira



dos los jefes y soldados con fiestas y asados hasta que llegara la época de partir. Andaba por allí, en ese entonces, Juan Moreira, convertido en matón de los opositores y habiendo actuado como tal en Navarro. Acompañado de su compañero Julián Andradá provocaba a los dirigidos alsnistas de ese partido, señores Francisco Bosch (comandante), Manuel Caminos, Félix Arauz, Conrado Martínez y Casimiro Villamayor.

Los alsnistas se reunían todas las noches —según datos recogidos por el propio señor Sanguinetti— en el hotel de propiedad del vasco Ugarteandia. Moreira apareció en el hotel la noche del 29 de abril con el objeto de provocar a los alsnistas. Y al no encontrar más que dos de ellos se retiró para volver en mejor oportunidad. Los amenazados, al ver regresar la fuerza que había ido a Saladillo, comprendieron que podían utilizarla para perseguir y, si fuera posible, apresar al temible gaucha. A este efecto entrevistaron, al parecer, al comandante Berton y le explicaron la situación de peligro en que se encontraban. Le hicieron comprender que era de bien público terminar con el matón. Aceptó el comandante el intervenir y separó al sargento Chirino y tres guardias más. De la policía de Lobos iban también el oficial Eugenio Varela, el sargento Domínguez y tres policías a los. Con el oficial Berton iban el comandante de la Nación, Don Francisco Bosch, Don Francisco Villamayor y otros dirigentes.

En cuanto llegaron al hotel la Estrella, en que dormían Moreira, Andradá y los suyos, la policía local se distribuyó en los alrededores y los otros se introdujeron en las habitaciones. Entraron al cuarto en que se encontraba el compañero del buscado y lo maniataron.

Que conste que seguimos la versión exacta de la transcripción del documento hecha por el aludido señor Sanguinetti. Reiteramos esa advertencia por cuanto se puede advertir que las dos versiones coinciden, por ejemplo, en la actitud del comandante Bosch, que fue el primero que sorprendió a Moreira dormido. Como puede observarse más arriba, este hecho causó incomodidad en Chirino, quien pensaba atrapar a Moreira sin derramar una sola gota de sangre.

Mientras los demás eran maniatados, el comandante Bosch entreabrió una puerta y vio a Juan Moreira. Entonces gritó: "¡Aquí está el que buscamos!"

Moreira tuvo tiempo de levantarse y trancar la puerta, vestirse y preparar el trabuco. Entonces fue que Chirino dijo: "¡Mire que alarmar así cuando íbamos tomándonos a todos dormidos y sin derramar una sola gota de sangre!" Asegurado Andradá, Chirino fue a golpear la puerta del cuarto de Moreira mientras gritaba: "¡Ríndase a la policía!" Cuando Moreira creyó oportuno abrió la puerta y gritando "¡la policía soy yo!" disparó un trabuco que hirió al capitán o comandante Berton en un brazo al oficial Varela en la rodilla, al

POR PASTOR CAINZO
ILUSTRACION DE SORAZABAL

paraguayo Zamudio, produciéndose entonces el disparo. Chirino cuenta que entonces todo el mundo se fue para no ver matar a un valiente. Quedó, pues, como jefe de la partida Chirino, habiéndose retirado los otros.

Fue entonces que Moreira, según se cuenta, quedó dueño de la situación; cargó el trabuco y avanzó hacia la pared con el objeto de dar el salto que le permitiera evadirse. Llevaba el puñal en los dientes y el trabuco en la mano. Entonces fue cuando avanzó Chirino y le clavó al gaucha un bayonetazo por el costado. Al tiempo que clavaba su bayoneta en el gaucha, el sargento recibió una trabucada hiriendo en la cara. Moreira, entonces, dejando caer el trabuco tomó la daga y seccionó tres dedos de la mano derecha a Chirino, obligándolo así a retirar su fusil y caer desmayado de dolor. Esta última circunstancia no aparece en la versión personal de Chirino.

Moreira se dio cuenta en seguida que estaba cercado y no insistió en saltar el tapial. Fuera advirtió la presencia de varios milicianos que le apuntaban con sus fusiles. Entonces, desesperado, se preparó para la lucha a arma blanca y quiso dirigirse hacia la pieza de donde había salido. Fue entonces cuando el guardia provincial Luis Li-

ma, utilizando su fusil como una lanza, lo volteó de un bayonetazo en el pecho, permitiendo que los demás avanzaran. Es así como murió Moreira. Quien lo último fue, pues, Luis Lima, según la versión utilizada y publicada en septiembre en Saladillo por Sanguinetti. No tiene ninguna importancia esta circunstancia, pero sí bien Chirino hirió de un bayonetazo a Moreira, el policiano Lima le dio el golpe de gracia.

En un carrito de dos ruedas, el cadáver de Moreira fue paseado por las calles del pueblo. Los pobladores estaban sorprendidos y no creían que se hubiera podido llevar a cabo semejante proeza, pues todo el mundo creía que el gaucha era invencible.

El cadáver fue llevado a la comisaría, en donde el doctor Del Marmol produjo el examen médico, siendo conducido de inmediato al cementerio. Este es el testimonio de don Eduardo Forges, mayoral de la galera entre Lobos y Saladillo.

Esta fue, a grandes rasgos, la versión últimamente aparecida respecto de la verdadera forma en que transcurrieron los acontecimientos que produjeron la muerte de Juan Moreira. Se concluye de todo esto que la partida que dio con el gaucha no tenía por misión perseguirlo sino que ésta fue una función que se adjudicó accidental-

mente. Los milicianos, con Chirino por sargento, volvían del Saladillo después de las elecciones y regresaban a Buenos Aires, debiendo tomar el tren en Lobos. Chirino no hirió de muerte a Moreira; recibió de éste varias heridas, una en la cara y otra en la cabeza y la sección de los dedos de la mano derecha. Quien mató realmente a Moreira fue el soldado Lima, que a través de un bayonetazo en cuanto Moreira quiso regresar de nuevo a la pieza para pelear con arma a toda la partida, como solía hacerlo siempre.

La primera vez que cambió de táctica fracasó para siempre. El gaucha alzado jamás había pretendido huir a la policía. No la peleó nunca huyendo y por eso siempre vencía. La primera vez que peleó de este modo encontró la muerte.

Se quiere dar a entender que todo el mundo no se mostró muy valiente que digamos en cuanto estuvieron en presencia de Moreira; muchos se retiraron del campo de la lucha, dejando a Chirino y sus soldados la misión de pelear. Pero esto no viene al caso. El caso Moreira es un hecho esencialmente policial, que ha adquirido prestigio a través de la tradición y, sobre todo, por la obra del poeta narrador, que suyo darle contornos legendarios. Moreira era un peleador sin igual. Las poblaciones le temían y era un bandido capaz de cualquier cosa. La policía lo buscaba por todas partes; cuando dio con él, el gaucha estaba encargado de varios trabajos de carácter político que la intervención de Chirino le impidió cumplir debidamente.

HACE poco, el primero de septiembre del año pasado, acaeció la muerte del sargento Chirino, a quien se consideró siempre como el matador del famoso gaucha alzado Juan Moreira. Pero hete aquí que en lo mejor de los homenajes a la memoria del sargento, nos llega desde Saladillo una especie de volante firmado por el señor Orlando Sanguinetti, en que nos demuestra todo lo contrario. Y por el interés histórico que pueda tener este hecho policial, glosaremos a continuación los párrafos más importantes de esa declaración. Pero antes daremos algunos antecedentes de no escaso valor.

En un reportaje aparecido hace mucho tiempo en una revista semanal y firmado por el señor Rodolfo Barrios, el articulista pregunta al sargento cómo era Juan Moreira. Pregunta a lo cual el interrogado contestó de la siguiente manera: "Era un hombre fornido, ancho de pecho, colorado de cara y con una pera larga". Y agregó Chirino que el gaucha Moreira se parecía mucho al general Lavalle. "Ya tenía el pelo medio canoso", advertía, para terminar el debate referente a este punto. Los Podestá lo han caracterizado caprichosamente, haciendo un gaucha trigueño, casi español, en discordancia con la versión de Chirino.

Al preguntársele cierta vez a Chirino cómo había procedido en el momento de la lucha del gaucha Juan Moreira, aquél dijo más o menos lo siguiente: "Se ha hablado con frecuencia de que en esa circunstancia yo procedí con miedo; que me escondía tras del pozo; que le salí por detrás y lo maté a traición". Ante esta versión, Chirino se siente tocado; expresa su indignación por la falsedad que ella significa. "Si le hubiera tenido miedo, hubiera corrido como los demás". Según Chirino, Moreira apareció en la puerta del rancho; traía el sombrero lleno de las armas. Moreira lanzó un trabuco. Chirino había hecho un disparo. Un balín del trabuco dio en el pómulo a Chirino, produciéndole a éste una herida cuya cicatriz perduró toda su vida. El sargento, alzado con este contratiempo, fue hacia el gaucha con la bayoneta calada y lo ensartó. Así, tras pasado de un bayonetazo, el gaucha le largó un hachazo con la daga seccionándole cuatro dedos. Chirino mostró toda su vida esta mutilación con honor. El gaucha le largó otro golpe en la cabeza que le produjo una profunda herida. Pero Chirino, bañado en sangre, no largó la presa y la retuvo así.

Contaba asimismo Chirino que al ir a allanar la casa donde estaban Moreira y los suyos; se encontraron con tres dormidos, y fueron tomándolos presos pacíficamente uno por uno. Pero, parece ser, que al llegar junto al entre en que dormía Moreira, el entonces comandante Don Francisco Bosch pejó un grito exclamando: "¡Aquí

está el que buscamos". Esta exclamación intempestiva despertó sobresaltado al gaucha y lo obligó a salir al patio de la casa a pelear. Chirino pensaba proceder tranquilamente y llevar a todos maniatados a la policía de Lobos, mostrando cómo se procede cuando se tiene habilidad. Pero no le fue posible llevar a cabo sus procedimientos. "¡Dígame! alarmar así cuando íbamos agarrándonos dormidos y sin derramar una sola gota de sangre".

Hasta aquí más o menos la versión del sargento Chirino en la entrevista a que hacemos mención más arriba. No se advierte que en realidad sea Chirino quien haya dado el golpe de gracia al gaucha. Podría admitirse que no lo hiciera tal vez por escrúpulos de conciencia, por no aparecer como quitando la vida a un hombre. Pero un soldado de la policía que estaba en cumplimiento de su deber y que estaba frente a un hombre que debía varias muertes, no puede tener, como se comprende, esta clase de escrúpulos. Pero sin entrar a mayores consideraciones, es interesante ver lo que sobre el particular nos dice el documento publicado con fecha septiembre de 1933 por Don Orlando Sanguinetti, en el propio Saladillo.

Comienza la narración diciendo que estas versiones se basan en un documento encontrado en un expediente de 1875 en el Archivo Nacional y publicado por Don Juan Álvarez en 1927.

Es necesario recordar de antemano que en el año 1874 hubo tres elecciones importantes en la provincia de Buenos Aires. La primera de éstas se efectuó el 10 de febrero y se trataba de elegir trece diputados nacionales, entre los cuales se hallaban como candidatos alsnistas Alem, Pellegrini y Bernardo de Irigoyen. El día de esta elección, en la plaza de Saladillo se produjo un formidable tiroteo entre mitristas y alsnistas. Este choque violento produjo numerosos muertos y heridos.

Refiere la versión del señor Sanguinetti antes citada que el gobernador de la provincia, Don Mariano Acosta, designó un comisionado para que fuera a Saladillo y guardara el orden durante las elecciones, que deberían realizarse los días 12 y 26 de abril para elegir 54 electores de presidente y vice y 5 diputados y 2 senadores provinciales, respectivamente. El comisionado nombrado fue el teniente coronel Carlos Forrest, quien vino con 14 guardias provinciales al mando del capitán Berton y entre los cuales estaba el sargento Andrés Chirino.

26 de abril, para tomar el tren que los condujera a Buenos Aires. Fueron agasaja-

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



EL HOMBRE DE LA GALERA NEGRA



MONICÁQUICA



HISTORIETA PIRANDELIANA



EL SUICIDIO

EL Hotel Central tenía un amplio salón para los que se aburrían en sus habitaciones. En un rincón, aislada por columnas, se encontraba la sala de lectura.

Allí estaba Roberto Tirso, hombre de unos veintiocho años, leyendo los títulos de diversos diarios.

Se había sentado frente a una mesa del centro. Recordaba las crónicas policíacas sin interesarse por ellas.

Fumaba de tal manera, que una persona inteligente podía deducir, observándolo, que no fumaba por aspirar humo, sino por adoptar los ademanes elegantes que permite el cigarrillo.

Encontrándose en esa situación apareció un hombre por entre las columnas. Se acercó, observando a Roberto Tirso. Caminaba produciendo la impresión de que sus músculos colgaban hacia el suelo.

Llevaba buena ropa, pero mal vestida.

Con desgano se dejó caer en un sofá, al lado de Roberto Tirso.

Lo miró un tiempo. Tirso, por su parte, sin levantar los ojos, calculó las actitudes de su vecino.

—El recién llegado, demostrando cierta intención de reírse a costa del prójimo, inició conversación.

—¿No desearía usted que sufriéramos cuarenta y cuatro grados de calor o unos diez grados bajo cero de frío? — le preguntó.

—No — contestó Roberto Tirso sin extrañarse.

—Pues a mí me gustaría — agregó simpáticamente.

—Admito toda clase de gustos — replicó Tirso.

—Es raro que no se moleste por mis deseos.

—Soy una persona tolerante. Seguramente usted se aburre.

—Sí. Soy excesivamente aburrido. Sinceramente, me gustaría que hiciera calor o mucho frío.

—No me sorprende.

—Usted a mí no me conoce, ni yo lo conozco — dijo el hombre.

—Algo lo conozco a usted — respondió Tirso. — Bien sabe que ocupo la habitación que está frente a la suya.

—Lo sé. Pero eso no ha de bastar para que me conozca. Usted no puede espiarme por ninguna cerradura.

—Mi caso no es el suyo. A usted el tiempo le sirve para aburrirse y a mí para observar. Yo soy observador e inteligente. Algo lo conozco a usted, sólo

por nuestra vecindad. Lo sabía un aburrido.

—¿Lo denuncia mi aspecto?

—No a todas las personas. Pero yo soy inteligente. Los poetas dicen que al aburrirse se alarga la cara. Los hombres sensatos también lo decimos. Le había observado la cara alargada, las comisuras de los labios caídas, y por no sufrir del estomago, puesto que lo he visto comer cualquier cosa.

Las trayectorias de sus manos me hicieron comprender que era usted un aficionado a las drogas, con mucha práctica. Noté que los músculos de su cuerpo se movían como colgando hacia el suelo. Noté sus ojos parecidos a los de esas vacas de tambor, cansadas de dar veinte litros diarios de leche. Y tanto más deduje que era usted un aburrido.

La vida no le gustaba

—Dice bastante verdad — dijo el cansado. — Pero no me explico por qué se interesó por mí figura.

—En general me interesa todo, aunque yo mismo no lo quiero. Es mi manera de ser. Además, lo que contrasta conmigo tiene más profundamente mi atención. Usted es un caso completamente distinto al de Roberto Tirso. — así me llamo yo. — Usted será lo contrario de un aburrido.

—Exactamente. La vida me seduce. Uso la vida triunfal.

—A mí no me gusta vivir.

—¿Por qué no se mata, entonces?

—Dijo en tono de consejo Roberto Tirso.

—Piens. matarme mañana.

—¿Lo dice seriamente?

—Sí. No me gusta la vida.

—Le prevengo, por si trata de asustarme, que yo no me preocupo por culpas ajenas.

—Me alegro de que sea razonable. Mi caso es sencillo: no quiero vivir porque no me gusta. Y como soy demasiado orgulloso para lamentar mi desgracia, encuentro que lo procedente es que me mate.

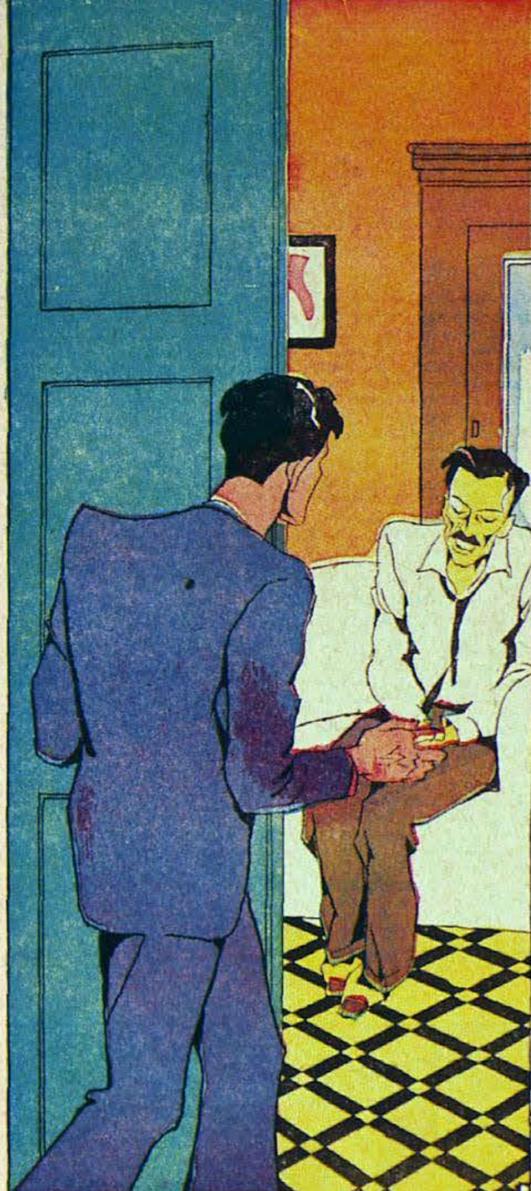
—Vaya... Su tono sincero me hace cambiar de posición... No tiene motivos serios para matarse.

—El motivo que tengo es fundamental. Yo pensaba burlarme de usted hablándole de mí, descontento que mis palabras lo escandalizarían.

Comprendo, sin embargo, que usted juzga muy numéricamente. No me admite, más o menos, convicciones distintas a las suyas. Puedo ser sincero, en consecuencia, sin burlarme de usted.

—Me inclino a aconsejarle bondadosamente...

—Yo, viviendo, nunca he tenido



dió Tirso, no sin sorprender un tanto a su vecino.

—No crea que yo soy un hombre sin voluntad. Puedo afirmarle que tengo una extraordinaria voluntad. Pero se trata de la voluntad de no vivir. Voy a suicidarme de una manera sensacional y extremadamente voluntariosa.

—No me sorprendería que se tratase de algo sensacional.

—Si a mí se me ocurriera dar a conocer mi método de suicidio, apasionaría. Pero no voy a concederle mucho a mi necesidad de hablar. Se lo contaré a usted, si me promete no turbar con comentarios el silencio de mi muerte. Mi sencillez tiene sus poderes.

—Yo no puedo comprometerme a guardar silencio. Soy excesivamente charlatán.

—Entonces tendrá que morir sin hablar.

—La única posibilidad con que usted puede contar, es con la de que nadie me crea, si su suicidio llega a ser realmente extraordinario.

—¿Es verdad? Si usted relata mi suicidio sin falsear los hechos, nadie le creerá. Cobrará fama de mentiroso.

—Ya la tengo.

—Mejor todavía. Estarán menos dispuestos a creerle.

—Nuestra vida — comenzó explicando el hombre aburrido — se manifiesta por dos clases de movimientos, entre otras cosas. Por los de la vida vegetativa y los de la vida de relación.

Los primeros no dependen de la voluntad y en cambio los segundos son voluntarios.

Por ejemplo, yo muevo una mano a voluntad, camino cuando quiero, muevo los maxilares cuando se me ocurre, etc.

Pero los pulmones, el estómago, el corazón y una serie de órganos se mueven sin que intervenga para nada la voluntad.

Yo renuncié a mis estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, porque me probaron estas cosas en una forma poco inteligente, salvaje.

Le extrajeron los sesos a una pobre palomita, sin que ella muriera. En el cerebro se encuentran los centros de la vida de relación. Qué dío parada, sin efectuar ningún movimiento.

Conservaba en el cerebro el centro del equilibrio. No obstante, si se le presentaba al pisto no lo comía.

Yo, que siempre he sido un hombre bueno, renuncié a mis estudios por tal comprobación, pues ese experimento, a costa de la vida de una palomita, sin su autorización para dejarse matar, tenía que indignarme.

Bien: vamos a mi caso.

A pesar del experimento de la Facultad de Filosofía y Letras, yo comprobé más tarde que el corazón no es un autómata. Sus movimientos dependen también de la voluntad.

MUCHACHOS

BUENO: entonces tráite la escarbadera...

—¿Vos alzaste la bolsa?

Ramón alzó la escarbadera: un varejón con una especie de espátula en la punta, y Roja la bolsa con jareta para juntar yuyos de botica. Después "tocaron".

Solían sacar permiso para juntar "leña de vaca" en el campo de los Esnales — unos gallegos podridos en plata que "seguro la iban a llevar en el cajón" — a dos leguas del pueblo. Un campo donde van los milicos a tirar tiros a unos muchecos, para ensayarse. Campo especial, sin una piedra para tirarle a un perro, aliado como estaba, pues no tenía casi capital, era de gramilla viciosa y trébol en los bajones.

★

Roja — Rogelia — lleva alpargatas sin medias. Antes de voliar la pata para salvar el alambre, se las quita. ¡En el campo no va a tener respeto al pueblo!...

Ella va juntando yuyos, mientras él, de pata en el suelo, va dando vueltas con la escarbadera — un golpe seco pone lo de abajo, arriba — la leña, que después deja al abrigo del cerco pedrero, pues lidiarla en verde es quitarle el mérito: se quiebra y pierde vista.

★

Ramón en el pueblo es un cristiano inútil. No hace plata ni con oro. Pueblo afuera es capaz de hacer plata con chiflidos. Desde Cañada de Coto a Aguas Blancas, conoce hasta las piedras. Cuando verdea la mancha, seca la leña. Así es. Cuando el campo está uniforme y el pasto amarillo se hizo verde, comienza la zafra. Llevan al pueblo. Para el gasto de la casa y para la venta. Los herreros la aprecian para hacer el aro de llamas con que calientan las llantas, antes de calzárselas en la araña de lapacho del rodado.

Al abrigo del cerco, ellos han dejado las pilas. No hay peligro que las otras Hormigas — se los que "juntan" se llaman así entre ellos — se las lleven. El noque es sagrado y no hay miedo que nadie lo toque.

Arias, el padre de Roja, es un cristiano de esos que en vez de gente son un "pedazo de carne bautizada". Saca en una pipa el "agua servida" de los hoteles y casas ricas, agua que cambia luego a "Poco Bigote", un gringo quintero, por verduritas y cosas para agringar el puchero. Los pocos pesos que logra en el oficio, los "toma" en el boliche, donde ve morir las horas mirando jugar a los otros.

Los muchachos eran hermanos de crianza. Cuando Arias trabajaba de picapedrero — hace tantos años que el pobre no puede atestiguar con ningún vivo — Lucio Vidarte, el padre de Ramón, era compañero de él. Un hombre especial el finado. El único vicio que tenía era el aceite de comer, que tomaba a toda hora como si fuera caña, para no enfermarse del hígado. Había sido domador cuando joven.

Fue en una mesa de billar por un certero ensillado, que jugaron los de la carpa 5 con los de la 6. Vidarte tuvo unas palabras con otro. Resulta que el otro lo abrió de una puñalada. Arias alzó a Ramón y lo llevó a las casas.

Como el hombre era tan poco de la casa y Roja tenía pocos años y se pasaba solita y su alma en el rancho, se hicieron compañeros los muchachos.

Roja tenía doce años valientes de hacer los lavados, sin compañía en el arroyo, y de la soledad nocturna del medio rancho, pues no iban a dormir en la misma pieza los gurises. Un día le pasó un caso a Roja que lo hizo pensar. Cerca del cerco Cortado, a donde había ido por remedio, un tal Pereira, jugador y malavida que pasaba "comiendo basura por la orilla del pueblo como chanchito de pobre", le empezó a dar conversación.

Roja adivinó, desde su mocedad apurada, la intención del hombre.

—Comigmo no tiene nada que hablar, le dijo. Y como el pocacosa intentara acercarse, Roja cazó una piedra y le rajó la cabeza.

—¿Andá a quejarte! — le dijo, y disparó.

Aquella pedrada le alargó el vestido y "le abrió los ojos", haciéndola más compañera de Ramón.

★

Llena él las bolsas. Roja, que había estado largo rato tendida, haciendo albahoda con una bolsa olorosa de marcela y menta doble, trepó al cerco.

Bordeando la cañada, unos banderines colorados traean el cielo limpio de la media mañana, aún mojada en los bajos.

—Ramón, mirá!...

Ramón domina el otro costado, también lleno de pilas.

—¿Y eso? ¿Le oiste algo al viejo?...

—Yo, nada...

Arias viejo, de noche, explicó:



—Parece que son sobrinos de los Esnales... Van a sacar chácharas...

Ramón terminó:

—¿Se vinieron los canarios!...

El hombre de los banderines venía con una mujer. Era un hombre con un ojo medio desacomodado, que tenía un relampagueo en un costado de la cara. "Como nervioso de un lao, el hombre"...

Ella era un aidiemí con elor a todo menos a gentes. Ellos, los muchachos, los acompañaban, bien pagados. Los patronos preguntaban cada bobada que daba rabia.

—Y este yuyito, ¿es remedio?

—¿Ese? No, señor. ¡Qué v'hacer!...

—Entonces, ¿no es remedio?

Ramón, medio hornado por tanta falta de sal, contestaba:

—Pero usted cré que todos los yuyos son remedio?

★

La señora le encargó a Roja una planchadora y a Ramón un poco de menta para entreponer en la ropa de adentro. Se la mostró a él en la fonda y era una ropa que se enredaba en los dedos.

—¿Gente rica que de ociosa no sabe lo que v'hacer!...

★

Un día Roja fue a la cañada a lavar su ropa. Ramón quedó con la señora, haciendo fuego en la laderita del campo. El hombre andaba adentro, "sacando retratos con una máquina".

Era una mañana de sol calentito. El viento a remezones, andaba parando y comenzando. Bandadas de mistos hervían en el romerillo y los cabeceitas negras arduaban con el redoblar espeso de la bandada.

El mes de setiembre llamaba los árboles, que reventaban yemas de lanita, y a los animales, que asentaban el pelo y se lustraban en las paletas.

La mujer sacaba conversación. Ramón la dejaba morir.

—¿Es hermano de la chica?

—No. De crianza, nada más...

—Entonces, serán novios...

Ramón vio para donde iba la mujer y agarró para otro lado.

—Tenemo que pensar otras cosas, dijo, y se fué.

—Tomá!...

★

Roja sintió atrás de ella los pasos muertos. Era "Medio lao". Se acordó del dicho de Ramón: —Va llover. Relampaguea de medio lao... Pero el hombre venía como un perro a lo oscuro. Ella, con la cañada a la espalda, no tenía miedo.

Agacharse él y ella samparle un hilachal de berros chorreado barro, fué todo uno.

Después saltó de costado y largó la risa.

Pero a Ramón no le dijo nada.

Al otro día el hombre le ofreció unas latas con conservas, abiertas. Al entrar, nomás —No, gracias. Vengo a que me arregle la cuenta.

Después, Roja:

—Mire, no viá venir más... Tengo un lavao. La mujer le regaló unas ropas.

—¿Por qué no juiste más?

—Me aburrí de las bobadas. ¡Y vos?

—Porque no íbas vos.

Nada más. "Lo pasado, pisado".

El campo estaba ya amojonado y abierto. Por última vez Ramón y Roja iban a levantar leña. Haciendo espalda con el cerco, estaban los dos. La mañana estaba pesada. El sol en el medio del cielo y el campo inmenso de soledad en la luz. Venían desde muy lejos unos cantos de gallo.

Roja como enferma. Pálida y sin fuerzas. Su robustez se le azulaba en los ojos que se iban como vaciados por la luz. Perdió la conversación a cada rato.

—Nunca te conté que el hombre, un día... Ramón se paró.

—No. No jué nada. Le pegué un susto... Se callaron. Y ella, después:

—Creo que ando medio mal. Vía ver a dona Dominga.

—¿No será de cuidado?

—No! Ya sé lo que's!...

—Andá, entonces.

★

Con Roja perder conversación y estar como enferma, Ramón se quedó sin compañía. En lo sucesivo, ella sería lavandera, y él una Hormiga perdida en el campo del sol y la soledad.



por
GABRIEL MOREY OTAMENDI
ILUSTRACION DE ROJAS

JUAN JOSE MOROSOLI
ILUSTRACION DE RECHAIN

Mírese Ud. Pálido, Casi Calvo y Flaco Como un Riel, dice Harris.

BERNARD SHAW no descuidó nunca una oportunidad de hablar o escribir sobre sí mismo, y hay que reconocer que tal método le dió resultados sin precedentes, por los largos años en que pudo emplearlo. La mayoría de la gente cree que no se mencionaría el nombre de Shaw con tanta frecuencia en los diarios, si no fuera un hombre de primera importancia, pero (con Coolidge, Chevalier, Baldwin y Capone de primera importancia) esto es notoriamente no fama. Hay periodistas de Fleet Street que aun creen que Shaw es muy difícil de entrevistar. Así que se ufanan cada vez que lo consiguen, aunque sea seis veces por semana. Es claro que el difiere de la mayoría de los notables en que viene algo que decir, pero eso ya no importa. Cualquier cosa que diga es muy bueno. Si dice: "Lindo día", los reportéres ríen y miran al cielo dudando.

Nuestro primer encuentro

Mi primer encuentro con él fué hace más de cuarenta años, en una reunión socialista en el Eastend, el sector pobre de Londres. Hablaba como comunista, como marxista convencido. Me hizo cierta impresión: muy alto, de más de 1.80, y anguloso de tan delgado, con larga cara huesuda correspondiendo, pensé, a una tendencia a llegar hasta el fondo en todo; cabello rubio rojizo y barba larga y descuidada; ojos ingleses azul gris con cejas rectas levantándose hacia fuera, añadiendo así un toque metafísico a la expresión alerta y vivaz. Estaba vestido sin cuidado, como de sport, despreciando las arrugas de toda su ropa. Su cutis, muy blanco, aun para un pellerrojo, me pareció demasiado exangüe, y me recordó su vegetarismo. Sus movimientos abruptos, como su mente siempre cambiante, su perfecto aplomo, todo mostraba un hombre capaz, muy consciente de su capacidad, muy directo y sincero, bien decidido, y sobre todo un conservador cautivante, con bastante acento irlandés para ser notado por las mujeres con interés de captura eventual.

Una carta de Shaw

Mi querido F. Harris: No puedo ir mañana. Ayer fué atacado por la forma más indigna de la enfermedad local. Mi interior se convirtió en una simple caverna de los vientos y las aguas; y anduve echándome en cualquier parte, incapaz de sostenerme en pie más de diez minutos por vez. Hoy, después de una buena noche, puedo sentarme y escribir al aire libre. Los vientos decrecieron, pero no las aguas; y no me aventuro fuera del alcance del asiento apropiado hasta no llegar a decencia normal en tal respecto. Así que le propongo nos veamos el miércoles y no mañana. Para entonces estará o del todo sano o muerto.

Una discusión

Una vez discutimos por cinco horas sobre todo y cualquier cosa, y algo de ello, lo más tonto que se pueda imaginar. Aun los cumplimientos se condicionaban. Shaw se extrañaba por qué mi apariencia era tan joven. (Tengo seis meses más que él). "Buena carne, buen whisky, buen vino, y mucho de todo ello," — dije — y mírese usted, pálido, casi calvo y flaco como un riel". "Mi cutis es la admiración de Europa," dijo él. "No tengo ninguna mancha de calvicie en mi cúpula, y mi defedez es una cualidad, no un defecto. Y todavía usted, con envidia va contando por ahí que soy un débil sexual". "Nunca lo dije", — gritó. "Si, lo dije, en una conferencia en Berlín".

"Bueno, si lo dije, es verdad, usted lo es". "No es verdad, si soy algo, soy un atleta sexual". Lo miré asombrado. ¿Lo diría en serio? "¿Usted atleta sexual? — repetí — Pues usted me contó que vino a Londres a los 19 años y que su primer acto de amor manifestó tuvo lugar a los 29 años. ¿Son diez años? Si usted hubiera sido Shakespeare, habrían pasado diez meses, si hubiera sido yo o cualquier muchacho, habrían pasado diez días u horas; ¿Usted atleta sexual, Dios mío!" "¡Ah! — dijo él —. Pero usted y él no se educaron en Handel y Mozart y Miguel Angel y Rafael y escultura griega, como yo. Si su sentido de lo bello se hubiera cuidado apropiadamente, usted no habría podido tocar nada tan prosaico como una mujer real, a esa edad".

Por la época de esa discusión yo tenía 72 años y Shaw meses más. Dos viejos tratando tema tan juvenil, en que podrían tener sólo interés académico, me parece divertidísimo, pensándolo.

Shaw me había dicho que preservó su virginidad hasta los 29 años. Yo encontraba eso inconcebible e increíble suponiendo que Shaw sea hombre normal. Pensé en alguna debilidad constitucional en él, en la insuficiencia de su tonta dieta vegetariana. Pero tuve que convencirme que todos los sentidos de Shaw están intactos a su edad, y que no hay nada anormal en su apariencia. Evidentemente, el vegetarianismo, por cualquier otra cosa que haga, no disminuye la virilidad del hombre más que la bovinidad del toro o la elefantuidad del elefante.

La clave del enigma está en una observación de Shaw, de que es imposible la persecución de mujeres sin dinero en el bolsillo. Esto no es verdad de ningún modo: muchos humildes aventureros vivieron con las mujeres, según testifican los informes policiales. Aun que Shaw podría pasar por hombre de genio, entre mujeres, ni estaba en condición social de primera como para tener acceso fácil a mujeres ricas en las mejores condiciones, ni era hermoso o elegante, como otros hombres célebres financiados por grandes damas.

El mismo reconoció que cuando andaba más pobre y bohemio, ninguna mujer de cierta delicadeza se hubiera persuadido para tocarlo ni aun con pinzas, suponiendo que hubiese podido frecuentar los salones de las delicadas. Pero en parte tal delicadeza debía estar también en él, pues creía que en lo sexual cada cual encuentra la horma de su zapato.

Los Shaw no sabían vivir dentro de sus recursos. Así como antes su madre alquiló una casa entera, cuando pidió pagar alojamiento, el hijo compró en la mejor casa de Londres un sombrero de copa por una guinea, el mayor precio en aquellos días en que una galería barata o una gorra de un coelín habría sido más juiciosa inversión. Tuvo que usar el cilindro tanto, hasta poder comprar otro, que en sus días finales debió usarlo con el frente para atrás, pues el ala se había aflojado demasiado para cuando tenía que saludar una dama.

El saco también, fué de la clase que es mejor no usar si no es en perfecto estado. El cambio de azul marino a verde de es peor que la ruina de un imperio. Tales sacos insisten en pedir puños de hilo, y Shaw tenía que operar los suyos con las tijeras de su madre cuando necesitaban las hilachas. Y las tiras de sus botines eran pocas que las últimas del cilindro. Tales no son la túnica ni las plumas de don Juan.

La charla de Shaw sobre las huries del paraíso del arte y hacer nada, sino charlar, y que todo eso debe terminarse ante el positivismo socialista o comunista. El problema de la democracia es como dar a los gobernantes todo el poder, menos el poder de seguir con su oficio si dejan de cumplirlo. Nos advierte que el Estado Socialista deberá ser supremo. Podría hacernos buenos. Hasta entonces la ética de Shaw anda algo floja.

"No me concierne — dice — que, según ciertos sistemas éticos, todos los seres humanos entran en clases rotuladas mentales, cobarde, ladrón, etc. Yo mismo soy, según esos sistemas, mentiroso, cobarde, ladrón y sensual; y es mi intención deliberada, alegre y autorrespetable seguir hasta el fin de mi vida engañando a la gente, evitando el peligro, haciendo negocios con editores y empresarios sobre el principio de la oferta y la demanda, en vez de la justicia abstracta, y dejándome llevar por todos mis apetitos, cada vez que las circunstancias recomiendan tales acciones a mi juicio".

Serriamente, se puede escribir las íntimas convicciones de Shaw y sus secretas aspiraciones en términos de Lenin, Mussolini y Gene Tunney (el campeón mundial de box de entonces). Mussolini y Shaw son dos éxitos que empezaron como socialistas, y lo que Shaw admiraba más en Mussolini era el hecho que el Duce había sido capaz, al parecer de remodelar una nación entera según sus propios ex-

traños gustos, mientras Shaw sólo pudo charlar de los suyos y no consiguió que se hiciera algo a su modo. "Nunca tendré real influencia," — dice — "porque ni maté a nadie ni quiero matar".

Shaw y su mujer

Fué en Regent Street que los vi, él alto y descarrado, ella baja y bien nutrida. Siempre que quisiera escribir a la señora Shaw me gritaron de todos los rincones de mi propia casa por mi inexactitud. Se me informa inmediatamente que no es baja, y no es gorda, sino muy hermosa de forma y cutis, con cara chica y cabello blanco peinado hacia atrás; mujer de maneras agradables y quietas, adicta a flecos y volados y vestidos de vuelo que recuerdan las estatuas de la reina Victoria. También se me asegura creíblemente que tiene cabello castaño oscuro y ojos verdes; que está siempre muy bien vestida a la última moda y es gran abogada de las faldas cortas; que su estatura exacta es de 1.64 y su peso de 72 kilos. Los lectores se le pueden imaginar a fecho ahora.

Yo, en mi inocencia, creía que la gente se casaba por amor o por dinero. Shaw no quería admitir esos motivos en su caso. "Nos casamos," — dijo — "porque nos éramos indispensables uno al otro". Y esa parece ser la sencilla verdad. Casi todos los visitantes se esfuerzan en contar lo amable que es la señora Shaw, y como, siempre que la quieren hacer entrar en conversación, rehúsa de propósito tomar la oportunidad.

La señora Shaw tiene aire de propietaria sobre Shaw — el complejo "muy marido" cuando no es "el genio" — pero no muestra el apetito de publicidad de él y parece preferir los quietos rincones de su piso en Londres. La señora Shaw antes del matrimonio era una fuerte feminista, en rebelión contra los ideales domésticos, celosa de su independencia, muy reacia a cambiar su nombre, en guardia contra cazadores de fortunas, por defender la suya, bien preparada para desafiar las convenciones y atraída por la aparente disposición de Shaw a nacer lo mismo. Entre tal pareja no había razón para que su amistad y su asociación intelectual se continuaran indefinidamente sin comprometer la libertad de ambos.

Peró una enfermedad, no muy grave, una infección mal cuidada, alteró la situación de bellas mujeres. Shaw, entonces, sin que ninguno perdiera una pluma de nuestra integridad. Soy, y siempre fui, un incorregible flirteador, reteniendo algo de la añeja galantería de los irlandeses de mi generación, empero, se pueden contar las mujeres que no me dejaron nada que desear, con menos que los dedos de un mano. A estas ocasiones no doy en comparación ninguna importancia, son otras las que duran.

Cuenta Shaw: "La moral y las emociones no son las mismas de ambos lados de las candlejas. La actriz Elena Terry y yo cambiamos unas ciento cincuenta cartas por los años noventa. Una institutriz a la antigua diría que muchas le ellas era; cartas de amor salvaje; y sin embargo, aunque siempre vivíamos a un chelín de coche de puestas a puerta, nunca nos vimos en privado; y la única vez que la toqué fué en su estreno con mi "Brassbound", cuando la besé formalmente la mano".

Shaw puede ser un magnífico enamorado siempre que se entienda perfectamente que nada resultará. ¿Qué mujer no tendría como amador a un "gran hombre" en tales condiciones de "seguridad ante todo"? No olvidemos que Shaw, el ex cajero, es un economista. Sospecho que la expensa de mantener diversos establecimientos lo mantendría derecho más que cualquier otro factor. En verdad, la sospecha es más que teoría, porque él mismo dice con alguna verdad desde el punto de vista puritano, pero no desde el mío, que "ningún hombre que tenga realmente algo que hacer en el mundo, tiene dinero y tiempo bastante para perseguir algo tan largo y tan costoso como es perseguir mujeres".

Cuenta Shaw: "Cuando al fin pude ir vestido en forma presentable, pronto me acostumbré a que mujeres se enamoraran de mí. No necesité perseguir mujeres; fui perseguido por ellas. Aquí no salte a conclusiones prematuras. Todas las perseguidoras no deseaban intercambio sexual. Deseaban compañía y amistad. Algunas eran casadas felices y con afecto apreciaban bien mi pronta concepción de que lo sexual estaba excluido. Algunas estaban preparadas a comprar amistad con el precio, convencidas que los hombres están hechos así. Algunas eran genios sexuales, insportables en cualquier otra capacidad. No hubo dos casos iguales. El di-

cho de W. Morris que "todas tienen el mismo sabor", no fué, como lo pone Longfellow, "dicho con el alma". Encontré que el sexo no tiene esperanza como base para relaciones permanentes, y nunca sofí el matrimonio en conexión con él.

"Me gustaba el intercambio sexual por su asombroso poder de producir un torrente de celestial emoción y de exaltación de la existencia que, por momentánea que sea, me daba una muestra de lo que podría ser un día la vida normal de la humanidad en el éxtasis intelectual". Shaw muestra la clara distinción que hay entre escribir novelas y piezas de teatro. Los novelistas, observa, no escriben: "Un agudo dolor atravesó el corazón de la madre, porque de un vistazo vio que su hijo no podía vivir muchos capítulos". Ni tampoco los dramaturgos deben informar a su audiencia que "parte del escenario se quitó para representar un sótano". Insiste en que el trabajo del escritor teatral es hacer que el público se olvide del escenario y que el actor olvide al público, y no recordárselo a cada rato.

Shaw y las mujeres

La gran actriz Pat Campbell, en 1912 escribió de él: "Cierre fuerte sus ojos contra este actor irlandés, actor y mentiroso... No se interesa sino por su misión, como él la llama, y por su trabajo. Es traidor como sólo puede serlo un irlandés: la adora a una con un ojo y con el otro la mira calculando la utilidad. Ha estado tratando descabelladamente de agradar, de deleitar, de persuadir a una que lo eleve al cielo por un momento (está tratándolo ahora); y cuando una lo ha hecho, corre a contentárselo a la chusma".

Después de esto, él sigue y suplica que no le retire del todo su amistad, que él vale en verdad algo, aun para ella. Es demasiado gran mujer para pertenecer a ningún hombre; queriendo decir que él es demasiado gran hombre para pertenecer a ninguna mujer. La pone en guardia contra sí mismo, con apasionada atención hacia ella, sinceramente, aunque sabiendo que eso es uno de sus más peligrosos blufes.

Cuenta Shaw: "El gran actor Tree, bromean-do sobre mi vegetarismo, dijo a la misma actriz: 'Démoste a comer un bife y veamos qué efecto le hace'. Por favor, no — dijo ella —. Es bastante mal como ya es, pero si come un bife, ninguna mujer en Londres estaría segura".

Cuenta Shaw: "He sido favorecido por una millar de bellas mujeres, y lo he sido por un tiempo. Pero yo no soy un hombre de un solo uso. Soy, y siempre fui, un incorregible flirteador, reteniendo algo de la añeja galantería de los irlandeses de mi generación, empero, se pueden contar las mujeres que no me dejaron nada que desear, con menos que los dedos de un mano. A estas ocasiones no doy en comparación ninguna importancia, son otras las que duran".

Cuenta Shaw: "La moral y las emociones no son las mismas de ambos lados de las candlejas. La actriz Elena Terry y yo cambiamos unas ciento cincuenta cartas por los años noventa. Una institutriz a la antigua diría que muchas le ellas era; cartas de amor salvaje; y sin embargo, aunque siempre vivíamos a un chelín de coche de puestas a puerta, nunca nos vimos en privado; y la única vez que la toqué fué en su estreno con mi "Brassbound", cuando la besé formalmente la mano".

Shaw puede ser un magnífico enamorado siempre que se entienda perfectamente que nada resultará. ¿Qué mujer no tendría como amador a un "gran hombre" en tales condiciones de "seguridad ante todo"? No olvidemos que Shaw, el ex cajero, es un economista. Sospecho que la expensa de mantener diversos establecimientos lo mantendría derecho más que cualquier otro factor. En verdad, la sospecha es más que teoría, porque él mismo dice con alguna verdad desde el punto de vista puritano, pero no desde el mío, que "ningún hombre que tenga realmente algo que hacer en el mundo, tiene dinero y tiempo bastante para perseguir algo tan largo y tan costoso como es perseguir mujeres".

Cuenta Shaw: "Cuando al fin pude ir vestido en forma presentable, pronto me acostumbré a que mujeres se enamoraran de mí. No necesité perseguir mujeres; fui perseguido por ellas. Aquí no salte a conclusiones prematuras. Todas las perseguidoras no deseaban intercambio sexual. Deseaban compañía y amistad. Algunas eran casadas felices y con afecto apreciaban bien mi pronta concepción de que lo sexual estaba excluido. Algunas estaban preparadas a comprar amistad con el precio, convencidas que los hombres están hechos así. Algunas eran genios sexuales, insportables en cualquier otra capacidad. No hubo dos casos iguales. El di-

cho de W. Morris que "todas tienen el mismo sabor", no fué, como lo pone Longfellow, "dicho con el alma". Encontré que el sexo no tiene esperanza como base para relaciones permanentes, y nunca sofí el matrimonio en conexión con él.

"Me gustaba el intercambio sexual por su asombroso poder de producir un torrente de celestial emoción y de exaltación de la existencia que, por momentánea que sea, me daba una muestra de lo que podría ser un día la vida normal de la humanidad en el éxtasis intelectual". Shaw muestra la clara distinción que hay entre escribir novelas y piezas de teatro. Los novelistas, observa, no escriben: "Un agudo dolor atravesó el corazón de la madre, porque de un vistazo vio que su hijo no podía vivir muchos capítulos". Ni tampoco los dramaturgos deben informar a su audiencia que "parte del escenario se quitó para representar un sótano". Insiste en que el trabajo del escritor teatral es hacer que el público se olvide del escenario y que el actor olvide al público, y no recordárselo a cada rato.

Shaw y las mujeres

La gran actriz Pat Campbell, en 1912 escribió de él: "Cierre fuerte sus ojos contra este actor irlandés, actor y mentiroso... No se interesa sino por su misión, como él la llama, y por su trabajo. Es traidor como sólo puede serlo un irlandés: la adora a una con un ojo y con el otro la mira calculando la utilidad. Ha estado tratando descabelladamente de agradar, de deleitar, de persuadir a una que lo eleve al cielo por un momento (está tratándolo ahora); y cuando una lo ha hecho, corre a contentárselo a la chusma".

Después de esto, él sigue y suplica que no le retire del todo su amistad, que él vale en verdad algo, aun para ella. Es demasiado gran mujer para pertenecer a ningún hombre; queriendo decir que él es demasiado gran hombre para pertenecer a ninguna mujer. La pone en guardia contra sí mismo, con apasionada atención hacia ella, sinceramente, aunque sabiendo que eso es uno de sus más peligrosos blufes.

Cuenta Shaw: "El gran actor Tree, bromean-do sobre mi vegetarismo, dijo a la misma actriz: 'Démoste a comer un bife y veamos qué efecto le hace'. Por favor, no — dijo ella —. Es bastante mal como ya es, pero si come un bife, ninguna mujer en Londres estaría segura".

Cuenta Shaw: "He sido favorecido por una millar de bellas mujeres, y lo he sido por un tiempo. Pero yo no soy un hombre de un solo uso. Soy, y siempre fui, un incorregible flirteador, reteniendo algo de la añeja galantería de los irlandeses de mi generación, empero, se pueden contar las mujeres que no me dejaron nada que desear, con menos que los dedos de un mano. A estas ocasiones no doy en comparación ninguna importancia, son otras las que duran".

Cuenta Shaw: "La moral y las emociones no son las mismas de ambos lados de las candlejas. La actriz Elena Terry y yo cambiamos unas ciento cincuenta cartas por los años noventa. Una institutriz a la antigua diría que muchas le ellas era; cartas de amor salvaje; y sin embargo, aunque siempre vivíamos a un chelín de coche de puestas a puerta, nunca nos vimos en privado; y la única vez que la toqué fué en su estreno con mi "Brassbound", cuando la besé formalmente la mano".

Shaw puede ser un magnífico enamorado siempre que se entienda perfectamente que nada resultará. ¿Qué mujer no tendría como amador a un "gran hombre" en tales condiciones de "seguridad ante todo"? No olvidemos que Shaw, el ex cajero, es un economista. Sospecho que la expensa de mantener diversos establecimientos lo mantendría derecho más que cualquier otro factor. En verdad, la sospecha es más que teoría, porque él mismo dice con alguna verdad desde el punto de vista puritano, pero no desde el mío, que "ningún hombre que tenga realmente algo que hacer en el mundo, tiene dinero y tiempo bastante para perseguir algo tan largo y tan costoso como es perseguir mujeres".

Cuenta Shaw: "Cuando al fin pude ir vestido en forma presentable, pronto me acostumbré a que mujeres se enamoraran de mí. No necesité perseguir mujeres; fui perseguido por ellas. Aquí no salte a conclusiones prematuras. Todas las perseguidoras no deseaban intercambio sexual. Deseaban compañía y amistad. Algunas eran casadas felices y con afecto apreciaban bien mi pronta concepción de que lo sexual estaba excluido. Algunas estaban preparadas a comprar amistad con el precio, convencidas que los hombres están hechos así. Algunas eran genios sexuales, insportables en cualquier otra capacidad. No hubo dos casos iguales. El di-

cho de W. Morris que "todas tienen el mismo sabor", no fué, como lo pone Longfellow, "dicho con el alma". Encontré que el sexo no tiene esperanza como base para relaciones permanentes, y nunca sofí el matrimonio en conexión con él.

"Me gustaba el intercambio sexual por su asombroso poder de producir un torrente de celestial emoción y de exaltación de la existencia que, por momentánea que sea, me daba una muestra de lo que podría ser un día la vida normal de la humanidad en el éxtasis intelectual". Shaw muestra la clara distinción que hay entre escribir novelas y piezas de teatro. Los novelistas, observa, no escriben: "Un agudo dolor atravesó el corazón de la madre, porque de un vistazo vio que su hijo no podía vivir muchos capítulos". Ni tampoco los dramaturgos deben informar a su audiencia que "parte del escenario se quitó para representar un sótano". Insiste en que el trabajo del escritor teatral es hacer que el público se olvide del escenario y que el actor olvide al público, y no recordárselo a cada rato.

Shaw y las mujeres

La gran actriz Pat Campbell, en 1912 escribió de él: "Cierre fuerte sus ojos contra este actor irlandés, actor y mentiroso... No se interesa sino por su misión, como él la llama, y por su trabajo. Es traidor como sólo puede serlo un irlandés: la adora a una con un ojo y con el otro la mira calculando la utilidad. Ha estado tratando descabelladamente de agradar, de deleitar, de persuadir a una que lo eleve al cielo por un momento (está tratándolo ahora); y cuando una lo ha hecho, corre a contentárselo a la chusma".

Después de esto, él sigue y suplica que no le retire del todo su amistad, que él vale en verdad algo, aun para ella. Es demasiado gran mujer para pertenecer a ningún hombre; queriendo decir que él es demasiado gran hombre para pertenecer a ninguna mujer. La pone en guardia contra sí mismo, con apasionada atención hacia ella, sinceramente, aunque sabiendo que eso es uno de sus más peligrosos blufes.

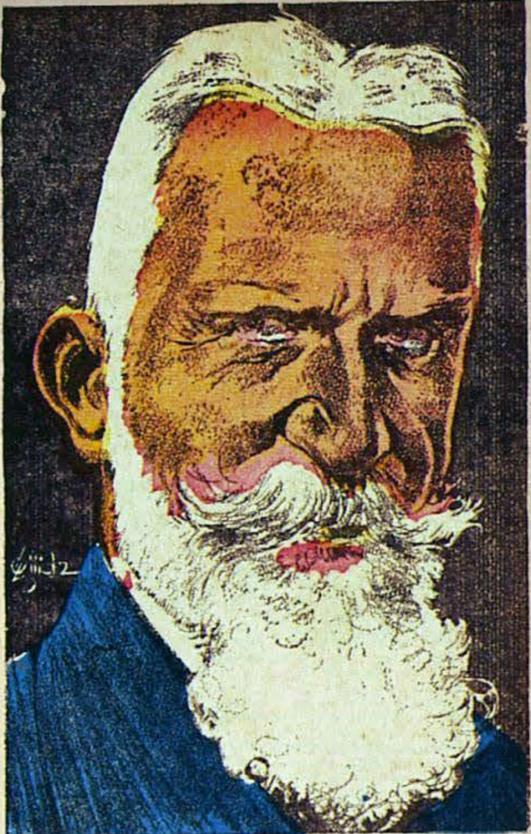
Cuenta Shaw: "El gran actor Tree, bromean-do sobre mi vegetarismo, dijo a la misma actriz: 'Démoste a comer un bife y veamos qué efecto le hace'. Por favor, no — dijo ella —. Es bastante mal como ya es, pero si come un bife, ninguna mujer en Londres estaría segura".

Cuenta Shaw: "He sido favorecido por una millar de bellas mujeres, y lo he sido por un tiempo. Pero yo no soy un hombre de un solo uso. Soy, y siempre fui, un incorregible flirteador, reteniendo algo de la añeja galantería de los irlandeses de mi generación, empero, se pueden contar las mujeres que no me dejaron nada que desear, con menos que los dedos de un mano. A estas ocasiones no doy en comparación ninguna importancia, son otras las que duran".

Cuenta Shaw: "La moral y las emociones no son las mismas de ambos lados de las candlejas. La actriz Elena Terry y yo cambiamos unas ciento cincuenta cartas por los años noventa. Una institutriz a la antigua diría que muchas le ellas era; cartas de amor salvaje; y sin embargo, aunque siempre vivíamos a un chelín de coche de puestas a puerta, nunca nos vimos en privado; y la única vez que la toqué fué en su estreno con mi "Brassbound", cuando la besé formalmente la mano".

Shaw puede ser un magnífico enamorado siempre que se entienda perfectamente que nada resultará. ¿Qué mujer no tendría como amador a un "gran hombre" en tales condiciones de "seguridad ante todo"? No olvidemos que Shaw, el ex cajero, es un economista. Sospecho que la expensa de mantener diversos establecimientos lo mantendría derecho más que cualquier otro factor. En verdad, la sospecha es más que teoría, porque él mismo dice con alguna verdad desde el punto de vista puritano, pero no desde el mío, que "ningún hombre que tenga realmente algo que hacer en el mundo, tiene dinero y tiempo bastante para perseguir algo tan largo y tan costoso como es perseguir mujeres".

Cuenta Shaw: "Cuando al fin pude ir vestido en forma presentable, pronto me acostumbré a que mujeres se enamoraran de mí. No necesité perseguir mujeres; fui perseguido por ellas. Aquí no salte a conclusiones prematuras. Todas las perseguidoras no deseaban intercambio sexual. Deseaban compañía y amistad. Algunas eran casadas felices y con afecto apreciaban bien mi pronta concepción de que lo sexual estaba excluido. Algunas estaban preparadas a comprar amistad con el precio, convencidas que los hombres están hechos así. Algunas eran genios sexuales, insportables en cualquier otra capacidad. No hubo dos casos iguales. El di-



BERNARD SHAW

preguntada cómo y por qué (espera de algo es candidato), explicó: "Una lo invita a su casa para que entretenga a los invitados con su brillante conversación y antes que una sepa dónde está, ya eligió él una escuela para el hijo, la hizo a una su testamento, arregló su dieta y asumió todos los privilegios del abogado de la familia, del mayorazgo, del cura, del doctor, del modisto, del peluquero y de su agente de negocios. Cuando terminó con todos los demás, incitó a los chicos a la rebelión. Y cuando no encuentra más que hacer, se va y la olvida a una enteramente".

Algunas opiniones

Oscar Wilde dijo de él: "No tiene enemigos, pero ningún amigo lo quiere del todo". George Moore: "El gracioso de la pensión". De Casseres: "Una quinta copia al carbón de Voltaire, que no podrá ser nunca grande porque su humor no es trágico". Huneker: "Un ángel sin alas con temperamento de soltero". Como fué Irlanda que lo crió y América que lo descubrió, estas palabras irlandesas y americanas dicen quizá todo lo que hay que decir de él. Ningún inglés dijo mejor.

Su religión

Shaw puede decir con Byron que no es difícil morir, y es enormemente difícil vivir; eso explica por qué, en el fondo, la paz es, no sólo mejor que la guerra, sino infinitamente más ardua. Ahora declara, en edad madura: "Esto tanto es, mirando a la vida después de los sesenta: hombres sin religión son cobardes morales, y los más, también cobardes físicos cuando están sobrios". Para Shaw, la religión del socialismo representa una influencia ética definida en las vidas humanas, aunque me parece que sus pretensiones son extravagantes en exceso. Su creencia simplista de que da valor físico y moral, es muy cuestionable. ¿Dónde estuvo, pues, el coraje de los socialistas del mundo en la última guerra? Si hubiera tenido el coraje de sus convicciones, habrían rehusado masacrarse unos y otros; como los creyentes en el Dios cristiano, algunos las órdenes de sus oficiales mejor que los preceptos de Jesús. La religión es de esencia espiritual; es el anhelo del hombre de encontrar el enigma de la vida, de aprender el objeto de su existencia, de comprender el motivo y meta universales.

El novelista y polemista Frank Harris — antiguo y belicoso amigo de Shaw — refiere aquí, con una irreverencia total, los pecores y majotes recordados de su amistad. Harris murió mientras estaban en prensa y el mismo Shaw se encargó de editar sus indiscreciones.

Es, en breve, la expresión de la necesidad de identificarse con poderes mayores que el hombre y obtener una relación con ellos que satisfaga al alma y al espíritu. ¿Qué tiene que hacer el socialismo con ello? En lo mejor se refiere a la relación física del hombre con su próximo y la colectividad. Por internacional que sea su fraternidad, no alcanza, ni puede alcanzar, más allá de la tierra. Así que Shaw debe volverse del socialismo como religión, hacia algo mejor. Esta otra cosa, más amplia y universal que el socialismo, es su Evolución

creadora. "Es mi religión", dice. "Es la religión del siglo veinte". Pero aunque se escriba con mayúsculas eso no explica las cosas. Creemos en verdad, que la evolución es ley del universo y podemos asumir que es evolución creadora. Pero no está claro cómo nuestra creencia en nuestra descendencia de formas de vida inferiores pueda inspirarnos el espíritu "del coraje moral y la moralidad del siglo veinte".

La religión de Shaw falla en darle el verdadero significado de la vida, y así trata de hallarlo en alguna voluntad superior. "Esta es la verdadera dicha", dice, "ser usado para una finalidad que se reconoce paciente; ser gastado enteramente por ella, antes que lo tiren a uno a la basura".

Pero Shaw debe de tener algún papel en el Universo, así que "El Gran Poder ni es omnisciente ni omnipotente". Está probando de ser ambas cosas con ayuda de sus propias criaturas. Aquí está, pues, la gran oportunidad de Shaw. Su Ser Supremo debe ser sujeto a error, y Shaw, muy sermante, nos instruye de que "Dios se equivoca".

Diablo suertudo, este Shaw. Encontró su vocación: corregir los errores de Dios. Su Dios, el Dios que aun luchó con la obra de la Evolución Creadora, y nos usa como sus obreros, habiéndose creado con tal objeto y procediendo por el método del tantear y errar, necesita ayuda.

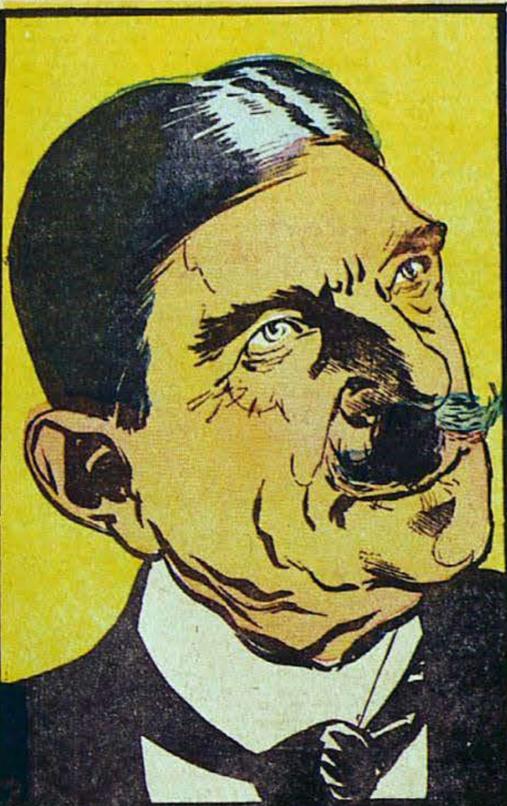
Shaw y el dinero

Shaw nos ha dicho que su flaseo al principio fué tal que en nueve años había ganado con su pluma incansable un total de cinco libras, nueve chelines, seis peniques. Es decir unos ochenta paises. Pero ha escrito el camino hasta cada penique que posee ahora.

No tiene hijos y su mujer era rica por su parte. En una carta explicaba él: "Entre lo que tiene mi mujer y yo, estamos en la clase de los cinco a diez mil por año. Se gasta todo. (De setenta a ciento veinte mil pesos por año). Yo estoy demasiado ocupado para gozar del dinero: tengo más de lo necesario, y no he tenido nada; y la diferencia en felicidad ha sido desdoblable. Soy uno de los que tienen al dinero como a seguridad y exención de mercedes tiranias. Me repugna la caridad y la generosidad y la filantropía, etc.; repito que cuando tengo que ayudar a algunos con finanzas los odio tan cordialmente como me odian a mí".

Es esta actitud suya contra la filantropía que lo hace considerado en general como falta de corazón y sentimientos. Pero él expresa aborrecimiento "por las abominables y bastar-das utopías de la caridad distinguida, en que primero se roba al pueblo y luego se lo patrocina como pobre de soltería en compensación, para que el rico pueda combinar el ocioso lujo del ladrón protegido con la untuosa autosatisfacción del frío filantropo".

Quizá pensar en todas las cartas de asedio y de pedidoc que tendría que leer hizo que Shaw aceptara el premio Nobel pero no el dinero del premio, que entonces, en 1925, llegaba a casi cuarenta mil dólares. La fama tiene también sus agonías y la gloria sus sombras. Preguntan a Shaw por qué su nombre está siempre conspicuo en los diarios, y dirá: "¿Por qué el sol más bien se nota en los cielos?"



FRANK HARRIS

"Mi Degadez es una Cualidad. Mi Cutis es la Admiración de Europa, responde Shaw."

EL DEVORADOR DE FLORES

MARICA, Marica... Maldita mujer! Me ha venido siguiendo toda la mañana. Mal hice el ir a dormir anoche a mi casa... Cruzó la calle en dos saltos. Cuando volvió a sonar la pitada de tráfico, hizo esta deducción: —Yo sufro de fitofagia. Pero esta inclinación morbosa a devorar las flores no será, a su vez, una advertencia de la naturaleza. **Una me insta, con ello, a emprender un trabajo de superación? Pero, para lograrlo, el primero que se necesita es la dureza.** La dureza que preconizaba Nietzsche: Recapacité un buen rato, andando, y luego se dijo: —Y, verdaderamente, lo que llaman bondad, designando con esta palabra... Pero, ¿cuánto hace que he dejado de ser el famoso artista Felipe Herrero?

Empezó a recordar. En su estudio, situado en aquella época de esplendor en una lujosa avenida, lo visitaba Friné Rossi, un colega de muchos méritos. Se amaban. Una tarde, apenas regresado Felipe de una larga gira por el extranjero, donde vendió sus cuadros a buen precio, la halló, como siempre, esperándolo. La notó más pálida, más grácil que antes. Pero no se le ocurrió hacerle ninguna alusión a ese respecto. ¿Para qué? ¿Acaso iba a quererla menos porque estuviera más delgada? Temió mortificarla inútilmente. La amaba, y era correspondido, y ninguna otra cosa en el mundo le interesaba más que ese cariño.

—Felipe Herrero, en aquella ocasión, se sentó sobre uno de los cojines dispuestos sobre la alfombra, apoyó su cabeza sobre las rodillas de su amiga, y dejó que hablara en silencio.

—Ah, loco!...
—La locura es el género poético más natural, Friné. Hasta en eso verás que nunca dejó de ser quien soy...

—Loco, loco!...
—Divina.
—Tus cartas me llegaban muy raramente.
—Perdóname.

—Como casi nunca llevaban fecha, yo atribuía las demoras al correo.

Felipe sonrió.
—Y, a lo mejor...

—No. Eras tú el que fallaba.
—Yo? No, Friné. Fallaba mi actividad material, en todo caso. Y no solamente eso. ¡Vieras la dificultad que significa asir con los medios de expresión habituales una cosa tan insólita, tan nueva como este amor? ¡Te imaginas un hombre que hubiera vivido ignorando su corazón y que de pronto, por primera vez, siente un latido en su pecho?

Friné inclinó el rostro, conmovida por el tono de sinceridad con que su amigo pronunciaba esas palabras. Felipe, tomándola hipocritamente con una mano de la barbilla, como el fotógrafo que busca darle una posición armónica a la cabeza, continuó:

—Oye... Si se mira de perfil tu boca, tus labios forman dos pequeñas curvas convexas...
—Semejan las alas de esos pájaros marinos que vuelan pintados en casi todos los cuadros donde hay una perspectiva de agua, un barquito a vela en el horizonte, y algunas nubes hinchadas como los carrillos del que sopla; y es que en tus besos está concentrada la virtud del vuelo, el mágico poder que infunde el deseo de remontarse sobre las cosas de la tierra...

—Dulce amigo...
—¡Hoyas!

—Es el deshielo de la ausencia, Felipe...
La sala era vasta y silenciosa como un pester. Afuera, la erupción del crepúsculo arrojaba al cielo sus lavas, sus cenizas, sus humos, y las nubes reverberaban en sus bordes el rojo violento de la convulsión, como pefasos alrededor de un cráter.

—¡Aleluya, amada! La suma de todos los deseos nos empuja el uno hacia el otro.

—Pero, verdaderamente... ¿Significa eso, Felipe, que hemos sido creados para amarnos, para complementarnos, para componer esa cosa sola y perfecta que simboliza la moneda partida cuando se han unido los dos fragmentos?

—Por qué me preguntas eso?
—Es verdad; no hay duda. Sin embargo, hay algo que parece indicar que no ha llegado el momento de unir los dos fragmentos...

—Y ese algo?
—Es esa causa desconocida que evita siempre que el acto en potencia se realice. ¿Por qué no nos decidimos a casarnos? ¿No lo has notado? Y eso, parece significar que estamos confundidos.

—¿Confundidos?
—No quiero decir confundidos con respecto a nosotros mismos, a la autenticidad de nuestros sentimientos; no; sino confundidos con relación a la oportunidad, al hecho factible, ¿comprendes? Quiero decir que quizá no estemos maduros para la fusión definitiva, para el logro común.

Felipe, a estas palabras, palideció intensamente; en vano trató de disimular su turbación.
—¿Será para otra vida, entonces?

—¿Te pesa, ¿verdad?
—No, no; nada de eso. De modo que... Pero, dime ¿no estamos ahora confundidos?

—No, no estamos confundidos en el sentido que piensas, que desear, acaso, que vislumbramos como una salvación...
—¿Friné!

—Somos los dos fragmentos auténticos de la moneda rota. ¿No amaste muchas veces antes de ahora?

—¡Cierto; y también me pareció, creo, que era con carácter definitivo.

por FERRARI AMORES ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

—¿No lo crees? Para una segunda, para una cuarta, para una vigésima encarnación, quizás. Porque ¿quién podrá saber a ciencia cierta cuántas han pasado ya? ¿Qué número lleva la presente? ¿Cuántas la precedieron? ¿Cuántas la seguirán?
—¿Y siempre nos veremos?
—Es como un engranaje. En cada una de nuestras sucesivas existencias, el uno buscará a otro, fatalmente; y cuantas veces crea haberlo hallado, se confundirá; y cuando menos lo piense acertará.

Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

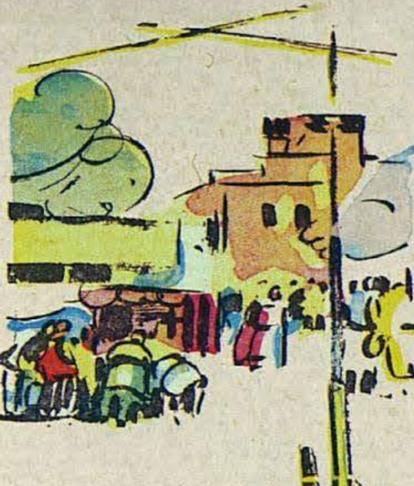
—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.

—Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueño:
—Eso es una hipoteca perpetua, Friné! Ella bajó los ojos.



—Siempre?
—Siempre.
—Pues bien; es que pensabas haberme hallado. Por eso el engaño no duró, ¿verdad? Reiteradas veces tuviste la certeza de tu pasado error en la facilidad con que te enamoraste de otra, y de otra más, y luego de otra...
—Hasta que nos conocimos, es verdad.
—Yo soy la predestinada, la que llega y permanece. Ya no podrás enamorarte más... Y, sin embargo, quizás no se realicen nuestros deseos en esta vida. Tú lo has visto. Cuantas veces pen-

samos casarnos, algún obstáculo se interpuso. Nuestro afán quedará defraudado.

Diciendo esto, Friné Rossi se acercó a un búcaro que había sobre la repisa de la chimenea, y acomodó un poco las flores, con ese ademán un tanto disolvente que tienen las mujeres para arreglar el castillo a cada paso. Continué, con un hilo de voz:

—¡Pobrecillas! He cambiado muchas veces las rosas, que son las ilusiones pasajeras; muchas veces cambié las violetas, que simbolizan el anhelo recordado; y también cambié por otras las gardenias de esperanza y los lirios de pureza. Pero mira, Felipe: esta flor que está en el medio, entre todas ellas, es una siempreviva; y es la misma de entonces, de otras veces, la misma de siempre...

Felipe Herrero se levantó, de pronto.
—Me voy a trabajar, Friné.
—¿A trabajar?

—A trabajar. Estoy colmado, necesito vertirme. Me reclama la obra que te dediqué, la obra sublime que comencé a propósito en setiembre para obtener el auspicio del lino fecundo.

Otra vez se acercaba a él el demonio hipócrita de la grandilocuencia.
—Se abrazaron. Ella dijo:
—Parece que duermas.
—Es que tengo miedo de desbordarme.
—Bien, vete. Pero dime, antes...
—Quedó un instante indecisa.
—Habla.

Lenta, apasionadamente, aunque casi en voz baja, Friné le preguntó:
—¿Has llevado alguna vez una siempreviva a tu taller?

—No; nunca.
—Y Felipe repitió, con ingenio asombroso.
—Es verdad, nunca...

Ella tomó entonces la flor y se la prendió en la solapa del saco.
—Se separaron.

Cuando él volvió otra vez a la sala, dos horas después, encontró a Friné echada sobre el diván, con los ojos abiertos y fijos.

Estaba muerta.
Felipe Herrero se pasó muchas horas sin conocimiento.

Cuando recuperó el sentido, una amnesia local, circunscripta al suceso que dejamos narrado, le libró de nuevos padecimientos.

Algo, sin embargo, subsistió en él, de aquello: su tendencia a devorar flores. Toda clase de flores, menos las siemprevivas.

Una vez le explicó a Marica, su esposa:
—Quiero que queden en el mundo únicamente las siemprevivas.

Y había estado allí, en su casa, cansado y mal entrazado, comiéndose las dalias adquiridas a un precio exorbitante.

Cuando terminó volvió a salir a la calle. Aun no habían dado las once.

Echó a andar hacia los arrabales. Se acordó otra vez de Marica, a la que había dejado llorando detrás de la puerta, y sonrió como antes. Se topó, de golpe y porrazo, con una feria.

—¿Por acá, Felipe?
El aludido se volvió asustado, encogido como para repeler una agresión.
—Yo, soy yo...

Era una voz fatigada, húmeda de pena. Felipe comprendió.
—¿Marica!

—Yo, yo soy. ¿Qué vienes a hacer por acá, Felipe? Mira; a propósito... Pensaba levantarte estas flores a casa. Ahora iba a ir para allá... ¿Te gustan?

Marica, la profunda resignación con que aceptaba la desgracia del hombre a quien amaba, a pesar de todo...
—¿Flores!
—Elébreros orientales.

—Conociendo la espírea predilección de Felipe por las flores, la pobre Marica, después de haber pasado mucho tiempo sin verlo, le había conseguido esa mañana, por consejo de un famoso herborista, una especie de flores de heléboro, planta de la familia de las ranunculáceas, cuya fama de curar los trastornos cerebrales fue siempre proverbial. En la antigüedad, en efecto, no se usó nada mejor con ese fin. Pero, es sabido que, salvo el élboro oriental, todas las ranunculáceas, si bien dan unas flores de extraordinaria belleza, son muy venenosas. Y aquellas, por lo visto, no eran, precisamente, del género de la excepción: se trataba, ni más ni menos, de élboros comunes; o más propiamente, del tipo llamado "acónito napelo".

Felipe Herrero los acogió como un don del cielo, y se los llevó a la carrera, sin despedirse siquiera de ella. Una vez en su cubil, se los comió como uvas.

Su muerte fue instantánea.
Se le identificó a las diez horas de haber muerto.

Era uno de los locos fugados la noche anterior del Hospicio de los Carmelitas.



ZAINOS

ROQUE tuvo un rápido centelleo de lucidez. ¡Una gran!... Vió y analizó perfectamente los actos de aquel ladrón de bolichero. Pudo comprender que la ginebra que le estaba sirviendo como embotellada, como de la buena, no era más que de damajuana y, por añadidura, con soda.

Gallego zaino!
Violentemente acarió el taller.

Allí, agachado como lo tenía, apenas separado por el mostrador, echándole soda al bote de ginebra, medio encorvado, viéndolo por entre los cabellos, era fácil pegarle un talerazo en medio de las guampas. En medio de las guampas, no; en la nuca, ¡una gran perra!

Ahora los dedos se niegan a cerrarse hechos puño. Deja que se ablanden, afloja el taller y la zurda va a la compra de ginebra. Toda. Paladea. Piensa. ¡Estará tan hecho?...

El bolichero se aleja.
Es triste, amigo, estar viendo cómo nos engañan. El estaba tomando esa ginebra por buena. Qué diablo! todo es pensar en contra a lo que nos obligan... ¿Por qué iba a creer que las bebidas de ese boliche miserable iban a ser legítimas? ¡De ande diablos! El no era un manijón, por esas cosas era chapetón por donde le hurgaran. Pero hoy...

Volví a beber.
Allí estaba otra vez el bolichero. ¿Esperaba que le hiciera señá? Roque, con los ojos, dijo que llenara otra vez la copita.

Ya se le va otra vez la mano al mostrador. ¿Qué ganas bárbaras de tomar que tiene! Adentro hay algo que quemá.

Tiene otra vez ginebra a tiro. El bolichero le da la espalda. Sería bueno encajarle un talerazo en la nuca.

Se enciende el antojo. Sería acunto rápido y fácil. Pero, pe... gárselo bien, bien justo, para acertarle justo que escarmiente y vaya a con-tar al otro lado que ha llegado por mezclar ginebra con soda. Pero, ¿para qué? si por donde mire, sabe Roque que le pagan con la misma moneda.

Allá está en las casas su mujer. El no está seguro que ella también lo engaña. Si lo estuviera ya habría dado con los huesos en algún calabozo. Pero sabe llegar tan a menudo su culpá Froilán, que todo lo demás son macanas.

No, la Rosalinda no es zaino. No lo es. Pero para qué, vamos a ver, lo sabe mandar tan seguido al pueblo y luego, cuando vuelve, lo más oronda, como si tal cosa, le sale diciendo, como al descuido, ¿"no sabí quién estuvo a buscarme?"

Mujeres y bolicheros son como para asentarse un talerazo en las guampas. No, macanas: en medio de la nuca. A cual más zainos.

Otra vez con sed. Hay que apagar la fiebre que se va tendiendo en la cabeza con ganas de hacer dormir... Pucha, qué suerte negra no estar hecho a esas cosas! No hace tanto que se ha casado con la Rosalinda. Va para seis meses. Y ya lo tiene acorralado. ¿Qué había sido "indina"?

Son cosas feas para pensarlas. También se acuerda que por hoy anda el Ramón del almácon. Otro que bien baila. Ese no le roba en las alpargatas porque sino no entrarían en el pie. Ese también sabe alivianar los kilos que es un contenido. ¿Y los mismos compañeros de trabajo? ¡No le ha tocado siem-

pre, siempre, carpincho!, tener que trabajar con tipos que en las primeras de cambio le dicen hermano y después le salen zainos hasta decir basta?

Se acuerda de uno. Era pulseando. El levantaba firme. El otro le largaba la bolsa.
—No hagas trampa, le dijo una vez.

Y siguió el juego.
Cuando llegó la noche, el otro le dijo:
—¿Qué sos bueno, hermano! Tuvos ganas de pelearlo. No lo hizo. Y no lo iba a pelear porque el otro buscara la aliviada. Lo iba a pelear por hijo de una gran siete. Le dolían demasiado los riñones para olvidarse que durante todo el día había pulseado las bolsas, levantándolas casi él solo. El otro aflojaba en el pique.

¿Y qué le pasó, vamos a ver, con el macaco de Fermín?
—Pucha, qué ganas tiene de seguir pegándole a la ginebral. Tiraban en yunta para el mismo lado. Eran dos las hermanas. Fermín iba por la chica. Eso le hizo crecer por bastante tiempo. Pucha, y la que dió el cachorro fué la otra. Por poco le quisieron hacer creer que el había hecho la fechoría. ¡Si hay zainos en la vida!

Bebe como con asco. No le siente carino ri al pingo que está en la calle, atado al esquinerero. Por donde quiera tender los recuerdos, le han de salir macanas a montones. Ni cuando chiquito le decían las cosas como eran.

¿Que hay macaneadores en la vida!
—Para qué, vamos a ver, le habrían enseñado tantas veces que hay amigos? ¿Amigos? ¿Como ese gallego roto que tiene a tiro y se le pone cada vez más en los...!

Tiene ganas de protestarse, de pedirle que le saque la ginebra de la buena.
Está pagando treinta centavos cada copita y eso vale la que es legítima. Ha visto que la damajuana está todavía al lado de la estantería, allá donde la dejó —¿olvidada?— el bolichero.

Se le ocurre una idea. ¿Por qué no pedirle un bote de ginebra para llevárselo? El bolichero, zaino, se pondrá a llenar el bote y ahí no más le asienta el talero. Es fácil hacerlo. Nadie ha de ver.

Roque pregunta el crimen. Quiere vengarse. Lo saborea, lo palatea con todo el cuerpo. Siente que un frío lo hincha de voluptuosidad. ¡Basta de zainos! ¡Sería macho aplastarle la nuca con el talero! Y cree que con eso habrá arrancado de la tierra, para toda la vida, una raza dañina.

Pide la botella de ginebra. Va derecho a su destino.
No se engañó. El bolichero lo cree tan borracho que ni se cuida. Le ha pedido seis pesos por la botella de ginebra. Y se la llenaría. Pero se arrepiente. Le pone soda, bastante soda; como un tercio de soda.

Roque lo ve hacer. Le parece que el gallego sonríe, contento, feliz, como si cumpliera una hazña. Ahora alza la damajuana. Es el momento. Ni una mosca hay en el boliche, en ese boliche sucio y roñoso de campo. Un aura de tragedia preña el ambiente. Los pelos de Roque se ponen de punta. Y zumba el talero. Saltan chorros de sangre de la cabeza rota.

Ahora Roque está fresco, fresco del todo. El esfuerzo le ha causado espanto. Lo ha vuelto hombre. Se gana al pingo y se pierde en los campos. Se había desgraciado...

LIBROS

ERNESTO L. CASTRO. — "Almas Perdidas" Edit. Claridad.

El principio del libro del señor Castro, clasificado remanidamente en "Invierno", "Primavera", "Verano" y "Otoño", bastaría para alejarnos de este volumen. "Invierno" es un lentísimo relato, que tropieza a cada instante en comentarios y divagaciones. Entre sus más equivocadas interrupciones señalaremos las dos dedicadas a hacer una especie de apólogo a costa de Cain y Abel.

Después viene "Los Paleros", que sigue con no mayor éxito a la estación otoñal.

Y enseguida la justificación del libro: un fuerte relato, titulado "Ibicuy", que paga con creces nuestra insistencia a través de las áridas y monótonas páginas anteriores.

Su tema es crudamente masculino. Su estilo eficaz, limitado a las exigencias rigurosas de la creación artística. La palabra anterior no aparece en ningún momento. La culpable vaguedad, las insostenibles cavilaciones más o menos huecas del "Invierno" y demás estaciones, han sido olvidadas por el señor Castro.

El protagonista y dos compañeros están aislados en un pueril fuvial, sometidos a una vida de desterrados. Trabajan

para una compañía comercial, en medio de un calor y una monotonía desesperantes. A semejanza de los europeos que van al trópico, su personalidad se va borrando bajo la influencia torturante del medio. Reaccionan de una manera extraña y brutal. Una infinita exasperación los acongoja. La tragedia se plantea en la forma siempre impresionante de la locura de uno de ellos. Como en otros relatos la selva o la montaña operan casi con la fuerza de seres vivientes, de naturaleza demoníaca, así en "Ibicuy" está presente el estero, con sus mosquitos infernales y la sordidez de las gentes y las tierras que rodean al protagonista, a Jaime y a Torres.

"La Carta", que sigue a "Ibicuy", es un pequeño absurdo literario, con vistas a trascender socialmente, cosa que no logra. "Almas Perdidas", que cierra el libro, es una novela corta, en la que no faltan algunos rasgos interesantes, como el de la obsesión del músico fracasado, hecha sobre el lugar común literario de la vocación destruida por la vida, en una forma que no añade nada nuevo a un tema tratado hasta el cansancio.

U. P. de M.



POEMA

DE UNA EDAD

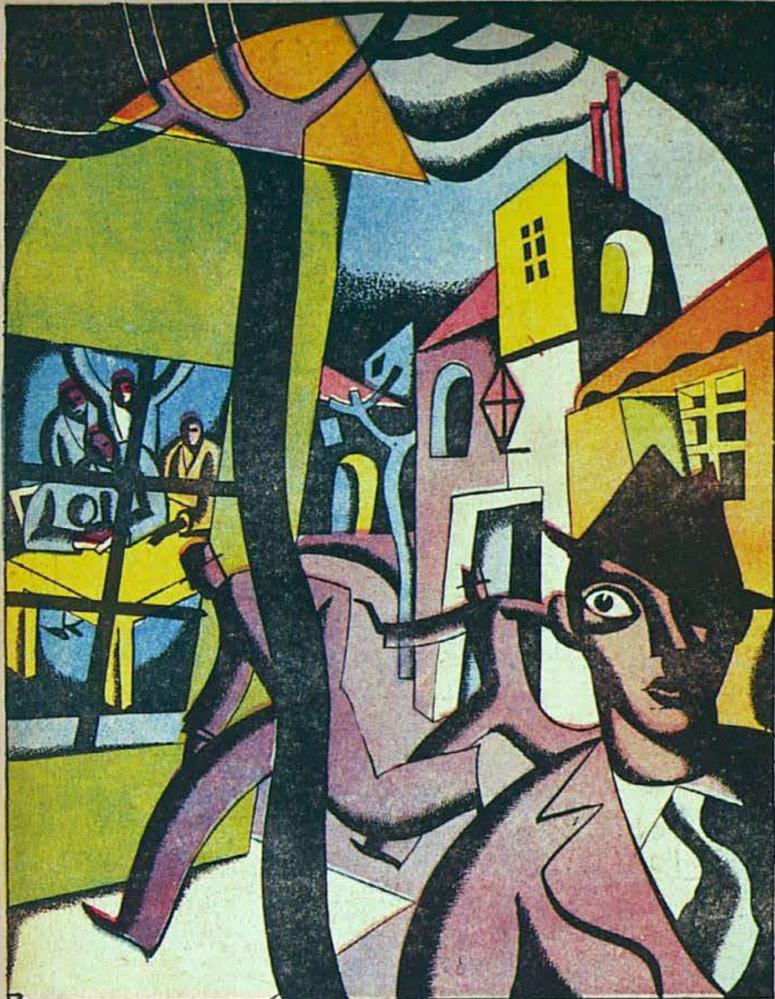
ANGEL de soledad puso en mi mano un globo de cristal en que está el mundo. Mi voz quiere acordarse de un sonido, de un eco, de un crepúsculo, que fueron el asombro de un instante y en que la infancia absorbe se detuvo. En mis patios las horas se abismaban en un atardecer de pozo turbio, y la lluvia dejaba en las paredes formas que transitaban por los muros. Mi infancia, un comprobar en cada cosa de que es esta existencia el otro mundo, vió la realidad como el ilicío y entró al ensueño como al aire puro. Mi padre fué, viviendo de una muerte, sólo una austeridad de pleno luto, sus palabras decrépitas llegaron como impregnadas de un ayer oscuro a perturbar mi claridad sin tiempo y mi esperanza de silencio lúcido. Cuando la actividad de los mayores era un andar y desandar sin rumbo, dejó el niño su juego minucioso, alzó los ojos hacia adentro suyo

y descubrió que el alma era un silencio grato de caminar como los musgos. (¿En qué cielo sin luz tu madre estaba? Pero el niño Jesús te quiso mucho).

EN la incendiada rueda de las tardes agonizaba silencioso el júbilo y me escondía de la noche hambrienta sobre la tierra descendente pulpo para volver como de un pozo al día todo de voces y colores puros. El día era de un agua de canciones. ¿Cómo canta la luz, niños del mundo.

HERMANO antiguo de la pena de hoy. paisaje de la infancia que dibujo, en que se ve una casa de tres patios, cuartos deshabitados, semioscuros, y una gran soledad como persona reconcentrada en un jardín adusto. Soy ese niño que en la casa busca el hueco de una voz para refugio y anda despavorido oyendo llantos desenterrados, gritos de trasmundo.

Por González Carbalho * Ilustración de Guevara



EL DIOS THOR

Salía yo esa noche, de lo que se llama una sesión de espiritismo. En la penumbra de una sala alumbrada por una sola bujía, una mesa, animada por la fuerza nerviosa de los adeptos que la rodeaban, habíase agitado — sencillamente — por la inconsciente mediación de los asistentes, y ejecutado pampinas variadas que convencieron a los pobres de espíritu que el fantasma de un hombre de otras épocas, se había introducido, por algunos minutos, en las fibras de la mesa, cosa de ponerse, ese pobre muerto, en comunicación con los vivos.

(Me apresuré a manifestar que no creía en el espiritismo y que siempre he considerado unos tontos temerarios a todos esos que encuentran divertido jugar a ciegos con fuerzas terrestres sin duda alguna, pero desconocidas, y por ello, tanto más peligrosas).

Salía, pues, de donde dije. Alguien, que salía también, tras de mí, me tocó en el hombro:

— Señor — me dijo ese hombre, ex-abrupto — ¿Qué le parece a usted todo esto? — Nada — dije. He visto, ya, girar las mesas. Hay ahí, indiscutiblemente, un hecho. Pero, aunque no tengamos aún una explicación satisfactoria en absoluto, esta explicación existe en alguna parte. Hay infinidad en la naturaleza de cosas de toda índole, que no comprendemos mucho más que aquella, y que no dejan de ser muy elementales. El fenómeno de las mesas giratorias no tiene seguramente, nada de sobrenatural, y el día que se lo explique, probablemente quedaremos sorprendidos de su sencillez.

El hombre, esta vez, me golpeó la espalda:

— Por fin — dijo — encuentro alguien que quizá comprenderá.

Lo miré, medio ofuscado, medio ofendido.

El notó, pero haciendo caso omiso, todo sonriente:

— Señor — prosiguió — debo parecerle a usted un mal educado. Pero eso importa poco. Al contrario, interesa grandemente, que me parezca usted, persona de buen sentido, y hasta mostrando algunos destellos de inteligencia. Señor, tengo necesidad de testigos como ustedes; y, de buena o mala gana, me va usted a seguir.

En mi interior, me preguntaba: "¿Es un loco?"; él leyó en mi pensamiento y sonrió:

— No, señor, estoy en mis cabales. Venga pues conmigo.

Maquinalmente, saqué mi reloj. Detuvo mi gesto:

— No mire usted la hora; aunque fuera tarde, vendría usted, porque tengo necesidad de que venga. A mí no se me resiste, señor; sería muy arriesgado, créame.

No puedo decir que tuve miedo; sería exagerado. De todas maneras, seguí a ese hombre.

Lo miré mientras andábamos. No me pareció extraordinario, bajo ningún concepto. Asimismo tenía quizás razón de afirmar que no era loco. Por lo menos, no tenía, absolutamente, la apariencia de un alienado.

Olividaba ubicar el cuento. Sucedió todo eso en Auteuil.

En la Rue de Ranelagh. Y era hacia el Bois que me arrastraba mi extraño guía.

Llegados que hubimos al ángulo de la calle y del boulevard de Beauséjour, vi una especie de café. El hombre se fue derecho a él.

— Me disculpará usted — dijo — es necesario que me siente un momento.

Es lo que hizo. Me senté frente a él. Pidió que se nos sirviera de beber. Y cuando trajeron nuestros vasos, le vi poner en el suyo varias pulgaradas de un polvo gris que extraí de una especie de cigarrera. Después de lo cual, bebí de un trago:

— ¡Puf! — hijo —, esta cerveza es una droga!

Diciendo esto, me miraba, y se reía. Después se levantó, pagó y volvió a salir. Y yo, en su seguimiento.

Por otra parte, no fué lejos. Habíamos subido al puente de Ranelagh, pasa por sobre el ferrocarril. En la mitad de este puente el hombre se detuvo:

— Señor — me dijo entonces con cierta gravedad —, va asistir usted a algo natural, pero desconocido. Séame testigo, se lo ruego. Es con esa intención que lo he traído hasta aquí, ya se lo dije. Y me disculpo. No habrá, que yo sepa, mesas giratorias que valgan jamás, en cuanto a curio, uau, lo que va usted a ver.

Cuando hubo dicho esto, lo miré con atención. Me pareció que estaba más pálido y que sus ademanes se tornaron, simultáneamente medidos y exagerados. Hablaba con voz ronca y las palabras se precipitaban en su boca chocándose las unas con las otras. ¡Qué yerno inquietante había merecido ese vaso de cerveza que bebí delante mío! No lo supe, ni, probablemente, llegue a saberlo jamás.

En cuanto a lo que vi, hélo aquí:

Vi, por encima del hombre inmóvil, cierta cosa que nacía; — algo como un resplandor —; cual un rayo de luna y, por instantes, aquello se afianzó, se tornó más claro, más luminoso. No tocaba la cabeza del hombre: coronaba esta cabeza; estaba así como suspendido por encima, semejante a una llama que hubieran ardiendo misteriosamente en el aire, sin que uno pudiera distinguir el combustible. Vi agrandarse esta llama. Primero fue breve, incolora y deslucida. Luego, se extendió, se hizo brillante; al mismo tiempo su color se precisaba: violeta vivo. Aquello no deslumbraba, y sin embargo surtían los ojos, al mirar ese violeta, probablemente mezclado con rayos químicos.

Ahora, aquello tomaba la forma y la estatura de una sombra humana, luminosa, palpable. De una sombra de fuego que flotaba por encima del hombre. El, por otra parte, no se había movido, y permanecía ante mí, de brazos cruzados, rígido. Prestando atención, creí distinguir una como apariencia de cordón luminoso que liaba juntas las dos cabezas: la cabeza de carne y la cabeza de llama. Ese cordón me hizo la impresión de ser extraordinariamente elástico; por momentos, lo veía aumentar y disminuir, dilatarse y reducirse, conforme a las agitaciones de la extraordinaria llama suspendido; ya que, si bien el hombre no se movía, la sombra encendida, al contrario, se agitaba, subía, descendía, oscilaba, saltaba. Recordé todo aquello perfectamente, no obstante mi pavor... pues... ¿porqué mentir?... mientras duró la prodigiosa experiencia, todos mis huesos tiraban de miedo. Pero el miedo es un burlil que graba, bien hondo, en nuestro recuerdo, todas las cosas.

De repente, el hombre, que seguía mirándome, habló:

— ¡Mire usted! — dijo.

Sujetaba con las dos manos el parapeto del puente, contra el cual se apoyaba. Rápidamente se volvió, miró a lo lejos, después, bruscamente, se inclinó hacia adelante, con brutal sacudida. Entonces vi a la sombra luminosa sobre su cabeza, seguir su movimiento; pero seguirlo con infinita violencia. Sucedió como si la llama hubiera sido arrojada hacia adelante; semejante al chorro de fuego que vomita un cañón. Salí aquello como proyectil, agrandándose desmesuradamente. Un árbol estaba delante, a cincuenta metros, a cien quizás: la llama transformada en bola de fuego, lo atravesó con estrépito formidable; y las ramas asoladas dispersarse y hacerse añicos como en una horrasca. Me pareció que más allá, mucho más lejos que el árbol, en el Bois, otros ramales se agitaban, se tumbaban...

De nuevo, el hombre estaba ante mí, de pie, derecho. Su estatura me pareció disminuida y sus espaldas agobiadas. Por sobre su cabeza, ninguna llama visible.

— Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allí abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué instantáneamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

— Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, desraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.

— ¡Mire usted! — dijo.

Sujetaba con las dos manos el parapeto del puente, contra el cual se apoyaba. Rápidamente se volvió, miró a lo lejos, después, bruscamente, se inclinó hacia adelante, con brutal sacudida. Entonces vi a la sombra luminosa sobre su cabeza, seguir su movimiento; pero seguirlo con infinita violencia. Sucedió como si la llama hubiera sido arrojada hacia adelante; semejante al chorro de fuego que vomita un cañón. Salí aquello como proyectil, agrandándose desmesuradamente. Un árbol estaba delante, a cincuenta metros, a cien quizás: la llama transformada en bola de fuego, lo atravesó con estrépito formidable; y las ramas asoladas dispersarse y hacerse añicos como en una horrasca. Me pareció que más allá, mucho más lejos que el árbol, en el Bois, otros ramales se agitaban, se tumbaban...

De nuevo, el hombre estaba ante mí, de pie, derecho. Su estatura me pareció disminuida y sus espaldas agobiadas. Por sobre su cabeza, ninguna llama visible.

— Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allí abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué instantáneamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

— Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, desraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.

— Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allí abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué instantáneamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

— Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, desraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.

— Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allí abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué instantáneamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

— Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, desraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.

— Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allí abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué instantáneamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

— Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, desraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.

— Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allí abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué instantáneamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

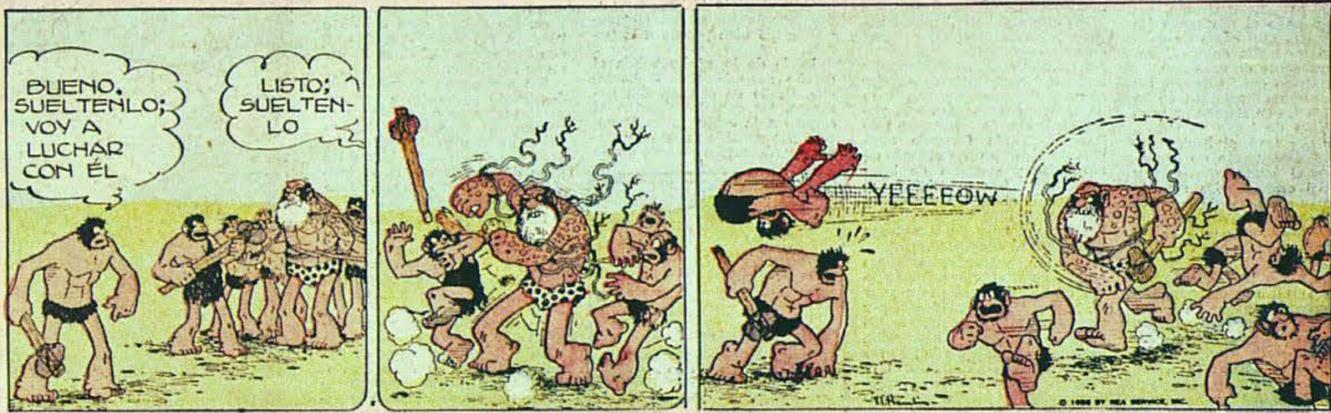
— Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, desraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.



POR
Claude Farrère
Ilustración de Covara